

COLECCION

DE LAS

235-3

MEJORES COMEDIAS

DEL

TEATRO ANTIGUO

Y MODERNO ESPAÑOL.

*de
Alvaro Gubillo de Aragon*



MADRID:

Librería de D. José Cuesta, calle Mayor, en donde se hallará un surtido de mas de cuatro mil títulos del teatro Antiguo Español, y todas las del teatro moderno, y un gran número de sametes, entremeses, y unipersonales y piezas en un acto.

Ayuntamiento de Madrid

189. 2968

Comedias que se hallan de venta en la librería de Cuesta calle Mayor.

Abre el ojo ó Aviso á los solteros.	Monstruo de la fortuná.
A buen padre mejor hijo.	Muger de dos maridos.
Anillo de Gijes (tres partes).	Negro de mejor amo.
Antes que te cases miralo que haces.	Negro mas prodigioso.
Armas de la hermosura.	No hay cosa buena por fuerza.
Aspides de Cleopatra.	No hay peor sordo que el que no quiere oír.
Baron (el).	No puede ser guardar una muger.
Boba para los otros y discreta para sí.	Otelo ó moro de Venecia (tragedia)
Bruto de Babilonia.	Pintor fingido.
Buscona ó el Anzuelo de Fenisa.	Por la puente Juana.
Café (el) ó la comedia nueva.	Primero es la honra.
Casarse para vengarse.	Príncipe prodigioso.
Castigo de la miseria.	Raquel (tragedia).
Cerco de Roma.	Reinar despues de morir.
Conde de Saldaña (dos partes).	Renegado de Carmona.
Con quien vengo vengo.	Rosario perseguido.
Criado de dos amos.	Sábio en su retiro.
Dar la vida por su dama.	Sancho Ortiz de las Roelas.
Defensor de su agravio.	Secreto á voces.
De fuera vendrá quien de casa nos echará.	Señorita mal criada.
Delincuente honrado.	Señorito mimado.
Del rey abajo ninguno.	Sí de las niñas.
Desdén con el desdén.	Si una vez llega á querer.
Dómine Lucas.	Tercero de su afrenta.
Emperador Alberto.	Trampa adelante.
Fuerza lastimosa.	Travesuras son valor.
Garrote mas bien dado.	Triunfo del Ave-Maria.
Genízaro de Hungría.	Valiente justiciero.
Hijos de Edipo ó Polinice.	Ver y creer.
Huerfanita ó lo que son los parientes	Vida es sueño.
Job de las mugeres Sta. Isabel.	Viejó y la niña.
Juramento ante Dios.	Zeloso y la tonta.
Licenciado vidriera.	Aerisolar el dolor.
Lindo D. Diego.	Convidado de piedra.
Lo cierto por lo dudoso.	Inocencia triunfante.
Mayor Monstruo de celos.	Mas heróico español.
Mágico de Salermo	Mas vale tarde que nunca.
Mas ilustre fregona (cinco partes)	Perder el reino y poder.
Mejor alcalde el rey	Rencor mas inhumano.
Misantropía y arrepentimiento.	Restaurar por deshonor.

Mayor.

rza.
que no
muger.
agedia)

649' 2968

LAS MUÑECAS DE MARCELA.

Comedia en 3 actos

PERSONAS.

Don Carlos , galan.

Doña Marcela , dama.

Doña Vitoria , dama.

Don Luis.

Don Valerio , viejo.

Don Octavio , galan.

Beltran , lacayo.

Teodora , criada.

La escena es en Zamora.

ACTO PRIMERO.

DECORACION DE CALLE.

ESCENA PRIMERA.

Don Valerio y don Octavio con las espadas desnudas, y un criado con una hacha encendida.

Valerio.

Poned fuego á las puertas, rompa el fuego
(ya que al umbral de la venganza llego)
este duro imposible, esta defensa,
del bárbaro, ó ministro de mi ofensa,
que de nuevo me ofende,
cuando ostinadamente se defiende.

Don Octavio.

Hoy te verás vengado y satisfecho
ya en su prision ó ya pedazos hecho.
Así prudente obligo
los deudos de Marcela; así consigo
mi pretension amante.
Al lado tuyo moriré constante.

Valerio.

Agradezco y estimo, don Octavio
vuestro valor.

Don Octavio.

Ya es mío vuestro agravio.

Valerio.

Poned fuego á la casa;
quede abrasado quien mi vida abrasa.

Don Octavio.

Perdone Carlos, si á esto me acomodo, *ap.*
que primero es mi amor, y despues todo.

ESCENA II.

HABITACION DE DOÑA MARCELA.

*Doña Marcela y Teodora.**Teodora.*

Escandalizada está
la nobleza de Zamora
con esta prision de Carlos.

Doña Marcela.

Poco á Valerio le importan
tan criminales venganzas.

Teodora.

Tu tio intenta , señora ,
vengar á su muerto hijo.

Doña Marcela.

Teodora , parte me toca
de la ofensa ; pero al fin
como ni vida se cobra
para el muerto don García ,
ni el agravio es en la honra ,
toda esa crueldad me ofende.

Teodora.

Hablas con alma piadosa.
Las puertas de aquella casa
donde recogido estorva
rigores de la justicia ,
quieren romper.

Doña Marcela.

Ley forzosa

es la defensa ; ninguno
por mas que se desconozca
á la piedad , culpará
su resolucion heróica ,
su obstinada bizarría

y su resistencia honrosa.

Pero, ¿qué ruido es este? (1)

ESCENA III.

Dichas, don Carlos, con la espada desnuda, y Beltran.

Don Carlos.

Si en vuestro amparo, señora,
debe hallar un afligido
remedio de sus congojas,
ocasion os solicita
la circunstancia de hermosa,
el privilegio de noble,
la ley de misericordia,
para ilustrar vuestras partes
y para que atenta á todas,
deis vida al que ya en su extremo
se la conceden por horas
tan breves, como el que vive
entre el aliento y la sogá.
Yo soy don Carlos, á quien
obligaciones honrosas
provocaron á un delito;
así las leyes le nombran,
mas si á mi razon se atiende,
(ó cuanto un mentis provoca)
con nombre de desagravio,
el pundonor le reboza.
La hidalga, sangre vertida,
que ahora Valerio llora
del infeliz don García,
justamente me ocasiona.
Saquéle al campo, reñimos,

(1) *Ruido y patadas.*

no fue su espada mas corta,
 su ventura sí, que al fin
 me hizo la razon escolta.
 La justicia me amenaza,
 su rigor no me perdona;
 y viendo que ya era inutil
 la defensa que hasta agora
 en una casa encerrado
 hizo mi prision dudosa,
 saliendo por los tejados
 y azoteas, de una en otra
 hasta esta casa me trujo
 alguna estrella dichosa;
 pues en ella vengo á hallar
 un angel que me socorra,
 una deidad que me ampare,
 y un cielo que me recoja.

Beltran.

Y yo que por fuerza soy
 lo delgado de esta sogá,
 por quien siempre ha de quebrar
 signiendo aquesta derrota,
 como gato por enero,
 que caballetes descostra,
 rodando llego á esos pies;
 y aun lo tengo por lisonja,
 cuando me juzgo subiendo
 la escalera de una horca.

Doña Marcia.

¡Válgame el cielo, qué escucho!
 ¡Terrible ocasion, Teódora!
 Ninguna noticia tengo,
 señor don Carlos Coloma,
 de la razon, ó el agravio,
 que os provocó á tales cosas:

ap.

ni aun vos pienso que teneis
 noticia alguna hasta ahora
 de la casa donde estais

Don Carlos.

Solo sé y veo que os toca
 amparar á un desvalido ,
 que á vuestras plantas se postra.

Doña Marcela.

Pues sabed , Carlos, que soy
 Marcela, parte tan proxima
 contra vos, que don García
 era mi primo.

Don Carlos.

Señora.....

Doña Marcela.

No os turbeis. ¡Cielos que haré! *ap.*

Teodora.

¡Qué lástima! ¡Qué congoja!

Beltran.

¡Depáreme Dios un santo , *ap.*
 que favorece y aboga ,
 patrocina , ampara y libra
 de todas aquellas cosas,
 que en los tejados suceden!
 ¿Habrà una oracion devota
 para un peligro á dos aguas?
 Yo perezco: que son todas
 las de las tejas arriba
 necedades peligrosas.

Don Carlos.

Confuso, mudo y turbado
 en vuestra presencia; ignora
 el alma cuanto les debe
 á las potencias que goza.
 Me enmudece la vergüenza ,

las turbaciones me ahogan,
y la confusion me vuelve,
marmol duro, inmóvil roca.

Doña Marcela.

Pues ni confuso os turbeis,
ni avergonzado os proponga
la imaginacion peligros
que en mi sangre reconozca;
que aunque Valerio es mi tío,
y tanta parte me toca
de su ofensa, no es conmigo
la pasion mas poderosa
que la piedad; y mas quiero
atribuirme esta gloria,
que profanar con venganzas
una virtud tan heróica.
Ya el cielo os trujo á mi casa,
(misteriosas son sus obras)
quizá porque me debais
esta fineza con otras.
En ella estareis seguro;
pues no habrá tan maliciosa
presuncion, que se persuada
á que estar pueda y se esconda
en ella, el mismo ofensor
que vertió mi sangre propia.
Y porque la dilacion
os puede ser peligrosa,
entraos en aquesta sala:
mi hermano don Luis, no toca
en ella jamás; tal vez
mi hermana doña Vitoria
suele entrar: mas yo tendré
la llave; sola Teodora
cuidará vuestro regalo:

y para esto tendrá otra llave, que la mia es maestra, en tanto que se disponga lo que mejor pueda estaros.

Don Carlos.

Dejad que ponga la boca en el suelo que pisais.

Beltran.

Y que yo tambien la ponga en el que pisa quien sirve á tan divina señora.

Teodora.

Ea, entrad, entrad aprisa.

Beltran.

Lo que á mí besar me toca, no me lo quite busted, señora doña Teodora.

ESCENA IV.

Doña Marcela y Teodora

Doña Marcela.

Dame la llave, y advierte que de nosotras dos solas se fia aqueste secreto: ya conoces á Vitoria.

Teodora.

No es menester que me adviertas; pues jamas hiciste cosa tan á mi gusto.

Doña Marcela.

¿Qué dices?

Teodora.

Que merece la persona de Carlos todo favor.

¡Qué lindo talle! ¡Qué airosa
bizarria! ¡Qué cortés!
¡Qué entendido!

Doña Marcela.

¡Y qué lisonja
me has hecho con tu discurso! *ap.*
¿Parécete bien, Teodora?

Teodora.

Si á tí te parece así,
no tengas miedo que corra
peligro.

Doña Marcela.

Mucho se ofende
quien en un rendido toma
venganza: la ofensa vive
hasta el instante y la hora
que puede satisfacerse;
pero en pudiendo se borra
tanto, que ni aun la señal
queda de su mancha odiosa.

Teodora.

Y mas cuando el ofensor
trae consigo, señora,
tantas cartas de favor
en sus partes generosas.

Doña Marcela.

Confíesote, que me ha puesto
tan de la suya, que ignora
el alma, cual de los dos
mayores peligros goza.

Teodora.

Vuelvo á la calle otra vez;
pues tú me alientas, señora.

Doña Marcela.

Cuanto en su alabanza digo,

será un rasguño, una coma,
un punto, un átomo breve
de lo mucho que atesora.

Teodora.

No morirá.

Doña Marcela.

Ni lo quiera
el cielo.

Teodora.

A quien es dichosa,
por los tejados le viene
la ventura: poco importa
el encierro de tu casa,
el recato en tu persona,
el ir las fiestas á misa
partiendo del sol y aurora
los imperios, como dice
aquel vulgar idioma,
entre dos luces negada
á la una y á la otra;
que á pesar de agravios tantos
de tu hermosura, amor corta
esa cartuja azucena,
y esa capuchina rosa.

Doña Marcela.

Notable suceso ha sido:

¿mas será decente cosa

querer yo á Carlos?

Teodora.

Amor

tiene las veces de Roma:
impedimentos y agravios
dispensa, omite y perdona;
y mas siendo la ocasion
curial, que á su cargo toma

solicitarle la gracia
por cuenta de su limosna.
Solo un grave inconveniente
se me ofrece.

Doña Marcela.

No te pongas
á discurrir sobre el caso ;
que aun es temprano.

Teodora.

Quien toma
desde el principio los fines ,
sale bien de cualquier cosa.
Ya sabes que don Octavio ,
tu casamiento blasona ,
porque con tu hermano tiene
muy adelante la historia.

Doña Marcela.

¿ No soy yo la que se casa ?

Teodora.

Tú tienes de ser la novia.

Doña Marcela.

Pues de aquí á que tenga efeto ,
hay jornadas no muy cortas.

Teodora.

¿ Luego ya quieres á Carlos ?

Doña Marcela.

Calla y disimula ahora ,
que Vitoria y don Luis
pienso que vienén.

ESCENA V.

Dichas , doña Vitoria y don Luis.

Doña Vitoria.

Impropia
accion viene á ser en tí.

¿Si así tu sangre baldonas,
quién ha de volver por ella?

Don Luís.

No me aconsejes, Vitoria,
que no quiero tener parte
en desdicha tan forzosa;
y mas cuando la justicia
es quien á su cargo toma
la venganza de Valerio.

¿Remediase alguna cosa
con la muerte de don Carlos?

¿He de ser yo en sus congojas
ministro que le persiga?

Cuando una venganza honrosa
con la espada se pretende,
tiene disculpa en sí propia;
y entonces mostrára yo
el rostro que encubro agora:
y aun no sé lo que me hiciera,
llegado á que reconozca,
tan mucha razon en Carlos;
y en don García tan poca.

Doña Marcela.

¡Bien hayas tú, que en efeto,
ni la pasion te alborota,
ni el alboroto te incita,
ni la sangre te apasiona.

Doña Vitoria.

¡Gran virtud! Pues en efeto,
cuando al lado no te pongas
de tu tío, no le culpes,
su venganza no interrumpas;
que yo muger, como soy,
tanto me irrita y provoca
la muerte de don García,

que á no ser escandalosa
accion , saliera á ayudarle.

Doña Marcela.

Mucho , Vitoria , blasonas ;
y si en la ocasion te halláras ,
quizá dobláras la hoja ,
y pasáras adelante.

Doña Vitoria.

Será don Carlos Coloma ,
de partes tan escelentes ,
de escelencias tan airosas ,
que á sus propios enemigos
venza , y en prisiones ponga.
¿ Es así ?

Doña Marcela.

Yo no le he visto :
quien le ha visto te responda.

Doña Vitoria.

Pues cuando esto fuera así ,
á las romanas matronas ,
vive Dios , escureciera :
y cuando mis fuerzas pocas
no bastaran , que si bastan
donde las razones sobran ,
al cielo pidiera rayos ,
ó á las fieras que se notan
mas hijas de la crueldad ,
ira , corage y ponzoña.

Doña Marcela.

¿ Qué enojada estás !

Doña Vitoria.

Contigo ,
y con tus piedades locas .

Don Luis.

Pues yo soy hombre , y condeno

tu condicion rigurosa ;
y para que no me culpes ,
mira si razon me sobra
para desearle bien ,
cuando confieso que adora
el alma á su hermana.

Doña Marcela.

¿ A quién ?

Don Luis.

A Feliciana.

Doña Marcela.

Es hermosa :
merécelo Feliciana.

No me está mal esta historia.

Don Luis.

Temiendo peligros tantos ,
recogió todas sus joyas
y se retiró á un convento.

Doña Marcela.

¿ Monja ?

Don Luis.

No puede ser monja ,
porque hay causas que lo impidan.

Doña Marcela.

Ya no me espanto que pongas
mil deseos de tu parte
para librarle.

Doña Vitoria.

¿ Qué importa ?

sí esos deseos no valen ;
porque el amor los soborna ,
tan ciegos como su efeto.

Doña Marcela.

¿ Qué cansada !

Doña Vitoria.

¡Qué enfadosa!

Doña Marcela.

¡Qué necia!

Doña Vitoria.

¡Qué presumida!

Don Luis.

Ea, basta ya, Vitoria;
que á mí su prision me ofende.

Doña Vitoria.

Pues á mal tiempo le lloras.

Doña Marcela.

Quizá no le prenderán.

Doña Vitoria.

¿Quién puede estorvarlo agora?

Doña Marcela.

Dios, que si tuvo razon
favorecerá sus cosas.

Doña Vitoria.

Que no ha de hacer Dios milagros.

Teodora.

El del soslayo le toca.

Doña Vitoria.

No hay soslayos de prisiones.

Teodora.

Pues yo presumo, señora,
que por dos deditos solos
esta vez no le apercollan.

Doña Marcela.

¡Dios le libre!

Teodora.

Sí supieran, *ap.*
cuán al soslayo se enojan
los que en el nido le buscan,
no gastarían tanta prosa.

*Dichos ,
hache*

Yo ví á cierto cazador
 vender un nido de alondras,
 que cuando polluelos vió,
 y juzgando que en la bolsa
 estaban, volvió á otro día,
 alargó la codiciosa
 mano, y en vez de las aves,
 que ya eran del aire pompa,
 halló un herizo, y sacó
 lastimada la manopla.

Doña Vitoria.

No hayas miedo que así sea.

Teodora.

Un soslayo es gran persona.

Doña Marcela.

Yo digo que Dios le ayude.

Don Luis.

Yo, que su piedad te oiga.

Doña Vitoria.

Yo, que vengue á don García.

Teodora.

Yo, que buena vá la troba.

ESCENA VI.

Dichos, Don Valerio, don Octavio, y el criado con el hacha.

Valerio.

No ha de quedar, vive el cielo,
 en España ni en Europa,
 lugar donde no le busque,
 aunque en su centro le esconda
 la tierra; si ya la tierra,
 no sepulta mis congojas.

Doña Marcela.

¡Ay de mí! ¿Si han entendido *ap.*

*

que en mi casa está ? ¡Socorra
el cielo en trance tan fuerte!

Teodora.

Nuestra piedad se malogra.

Don Octavio.

No solo toda la casa
se ha mirado , pero todas
cuantas en contorno están ;
solamente se perdona
esta del señor don Luis.

Valerio

Resuelto á mirarla toda
entré , don Octavio , aquí :
mas ya veo que no importa ,
que en casa de mi sobrino
no habia de estar quien me enoja.

Don Luis.

Antes , señor , os suplico
lo hagais : ponedlo por obra ;
que puede sin culpa mia
estar en ella.

Doña Marcela.

¡ Ay , Teodora , *ap.*

yo soy perdida ! En mi casa
la diligencia es ociosa ,
pues hasta las piedras , de ella
le arrojáran.

Valerio.

¿ Quién lo ignora ?

Doña Marcela.

Digo , porque cuando entrasteis....

Valerio.

¿ De qué os turbais ?

Doña Marcela.

Alborotan

el corazon armas tantas.

Valerio.

Sois muger, todo os asombra.

Doña Marcela.

¡Sin alma estoy! ¡Muerta estoy! *ap.*

Teodora.

Disimula, que te ahogas.

Valerio.

Sobrina, no os dé cuidado,
que con violencia se rompan
los fueros de vuestra casa,
pues sé que en ella al que roba
mi quietud, fueran incendio
todas sus salas y alcobas.
Él se escapó, la fortuna
le ayudó, para que ponga
en mas peligro mi vida
con la suya: vamos, ola.

Don Luis.

Todos te iremos sirviendo.

Valerio.

Mas que descanséis me importa;
sobrino, nadie me siga:
señor don Octavio, ahora
para agradeceros faltan
las corteses ceremonias;
pero siempre soy muy vuestro.

Don Octavio.

Dad licencia....

Valerio.

Mas me ahoga
la porfia: á un desdichado
aun no le sigue su sombra.

ESCENA VII.

Dichos, menos don Valerio y el criado.

Doña Vitoria.

¡Qué lastima! ¡Qué dolor!

Doña Marcela.

¡Ay Carlos del alma mía! *ap.*

No entendi que te debia
tan presto tan grande amor.

Don Octavio.

Esta es la ocasion mayor, *ap.*
que amor me pudo ofrecer;
pues llega Marcela á ver
que por su causa empeñado,
si en Carlos no la he vengado,
intentarlo es merecer.

Don Luis.

Señor don Octavio, en mi
queda el agradecimiento
de esta fineza.

Don Octavio.

Yo siento

que á mi me trateis así;
de lo poco que os serví
me quejo á la suerte mia:
mas yo vengaré algun dia,
ya que hoy escapó su suerte
al homicida, la muerte
del infeliz don Garcia:
y á vos ofrezco, señora,
la venganza de este agravio.

Doña Marcela.

Vivais, señor don Octavio,
mil años. No viva un hora. *ap.*

Doña Vitoria.

Quien esa venganza adora,
y apetece ese rigor,
estima vuestro valor.

Don Octavio.

Hoy satisfecho quedára
vuestro enojo, si le hallára.

Doña Marcela.

¡Qué vengativo señor! *ap.*

Don Octavio.

Hoy, vive el cielo, entendi
dar á su sangre mi acero.

Doña Marcela.

¡Qué piense este majadero *ap.*
con sangre obligarme á mí!
Teodora, vamos de aquí.

Doña Vitoria.

¿A donde vas? ¿No agradeces,
no ponderas, no encareces
en el señor don Octavio,
el querer vengar tu agravio?

Doña Marcela

Ya he dicho que sí mil veces,
¿qué tengo yo mas que hacer?
Y si no te ha parecido
que está bien agradecido,
vuelvelo tú á agradecer:
y para que echés de ver
á donde llega y alcanza
mi agradecida alabanza,
digo que en esta ocasion,
agradezco la intencion
mucho mas que la venganza.

Doña Vitoria.

Notable estás.

Doña Marcela.

¡Qué tormento! *ap.*

Don Octavio.

Antes, por ser ya tan mia
la causa, no merecía
premio ni agradecimiento.

Doña Marcela.

Como yo de lo sangriento
tan poco llevo á saber,
ignoro lo que he de hacer;
y así, con vuestra licencia,
los lances de una pendencia
voy á estudiar y aprender.

ESCENA VIII.

Don Octavio, doña Vitoria y don Luis.

Don Octavio.

Siempre á obedecer me obligo.

Doña Vitoria.

Es tan piadosa mi hermana,
tan casera y tan humana,
que disculpa á su enemigo.

Don Luis.

De esta verdad soy testigo.

Don Octavio.

Es natural cuerdo y sábio.

Don Luis.

Creed, señor don Octavio,
que es circunstancia de hermosa,
tener el alma piadosa
para perdonar su agravio.
Tan en la niñez se está,
que os juro por vida mia,
que muchas horas del día
á las muñecas se dá.

APOSE

Doña Vitoria.

Y es cierto, que ahora vá
á entretenerse con ellas.

Don Octavio.

De mi amor nuevas centellas
este ejercicio ha sacado :
no pasó el siglo dorado ;
que aun viven sus luces bellas.
¿ Y en mi amor, don Luis, qué dice?

Don Luis.

No es buena ocasion ahora ;
que de don García llora
nuestra casa la infelice
muerte.

Don Octavio.

En ella se eternice
próspero el tiempo que vuela.

Don Luis.

Quien sabe amar, se consuela
con la esperanza.

Don Octavio.

Es así :
viva la esperanza en mí,
pues hoy agradé á Marcela.

ESCENA IX.

APOSENTO EN LA HABITACION DE DOÑA MARCELA.

Don Carlos y Beltran.

Don Carlos.

¡ O quanto á Dios se parece
quien piadoso se acredita !
¡ O como su gloria imita,
al paso que la merece !
Tanto al sugeto engrandece

esta virtud singular,
 que he llegado á imaginar,
 no sé si diga á creer,
 que no deja á Dios que hacer,
 el que sabe perdonar.
 Esta virtud milagrosa
 en Marcela se ilumina,
 siendo dos veces divina,
 por piadosa y por hermosa:
 altamente generosa,
 en su agravio no repara,
 y con providencia rara
 su casa nos dá á los dos:
 parece casa de Dios
 que á delinquentes ampara.

Beltran.

Eso yo lo he de decir,
 que en su piedad he hallado
 dos veces asegurado
 el pretesto de vivir.
 ¡O casa donde se halla,
 cuando mas se ve oprimida,
 no solamente la vida,
 sino el poder conservalla!
 ¡O casa, que me provoca
 á decir en conclusion,
 que eres en está ocasion
 libro de que quieres boca!
 Capítulo de vivir:
 á dos hombres condenados
 á echarse de los tejados,
 sin volvelló á referir,
 un serafin se aparece,
 y divinamente humano,
 con pródiga y franca mane

vida y salud les ofrece.

Capítulo de guardarse
de intencion y lengua mala :
al punto se abre una sala
donde poder encerrarse.

Capítulo de dormir :
pareceran ilusiones ,
pues yo sé que los colchones
no me dejarán mentir ;
pues en la distancia breve
de un hora , se aparecieron
con ropa y colcha , que dieron
de sopapos á la nieve.

Capítulo de comer :
esto tú no lo has sabido ,
que para mi solo ha sido
milagroso proceder.

¡ O capítulo de gloria
para mis amargos miedos ;
chupándome estoy los dedos ,
de leer su dulce historia !

Don Carlos.

¿ Qué dices ?

Beltran.

Qué dije apenas
el capítulo en la sala ,
cuando un rincon me señala
de miel y de verengenas
una orza reverenda :
meto la mano , y por dar
noticia á mi paladar ,
acomodo la merienda.
Una saco , y otra apaño ,
estas brindan á otras dos ,
doblo el resto , y vive Dios ,

saco el vientre de mal año.
 Como dice aquel refran ,
 descosiéndole una alforza ,
 trasladé toda la orza
 en el vientre de Beltran.

Don Carlos.

¡ Hay desvergüenza mayor !
 ¿ Hombre bárbaro , qué has hecho ?

Beltran.

Asi me haga buen provecho
 como me supo , señor ,
 letura tan escelente ,
 dulce language y sonoro :
 dos higas para Eliodoro
 y el Varclayo : solamente
 un capítulo ha faltado.

Don Carlos.

Yo aseguro que es de vino.

Beltran.

Por Dios que eres adivino :
 todo el libro he ojeado ,
 y no he hallado una gota ;
 sin duda es yerro de imprenta ,
 que no pudo por mi cuenta ,
 olvidarsele la bota
 á tan prevenido autor ;
 á pagar de mi dinero ,
 todo el capítulo entero
 se lo bebió el impresor.

Don Carlos.

¿ Tú bárbaro , tú atrevido
 donde te hacen tanto bien ?

Beltran.

Si atento discurre , ¿ quién
 fué con hambre comedido ?

Don Carlos.

¡Vive Dios, que has de buscar,
villano, mi perdicion.

Beltran.

Oiga busté una razon.

Don Carlos.

¿Qué razon me puedes dar?

Beltran.

Yo sé que noticia tienes,
que son con necesidad,
entre nuestra humanidad
comunes todos los bienes.

Y si Dios, á quien le toca,
me quiere el bien deparar,
y le veo, ¿he de aguardar
á que me le entre en la boca?

¡O que hermosa groseria!

Ver el bien y conocelle,
tener hambre y no comelle
ó es melindre ó bobería.

Demas, de que es de advertir,
que tambien tuve licencia
de la gente que estaba allí.

Don Carlos.

¿Qué gente?

Beltran.

¡Qué linda flema!

¿Pues piensas que estamos solos?
Como tú allá te embelesas,
te arrobas, y te suspendes,
no gozas de cosa buena.

Don Carlos.

¿Pues gente hay en esta sala?

Beltran.

Y mucha; pero tan cuerda

que se le puede fiar
 un secreto, y una deuda:
 ¿Es posible que no has visto
 un estrado de muñecas,
 con barandilla y alfombra,
 tan vestidas, tan compuestas,
 tan al uso, tan con moño,
 tan con naguas y polleras,
 que hasta los guardainfantes,
 en ellas es gala vieja?
 Hicelas mi cortesía,
 hablélas con reverencia,
 signifiquélas mi hambre,
 y pienso que la una de ellas,
 ó á mi me lo pareció,
 me dijo alegre y risueña;
 comed Beltran en buen hora,
 comed de las verengenas,
 que nosotras no gustamos
 de esas civiles conservas.
 Apenas me lo hubo dicho,
 cuando, si envestirme vieras,
 te quitára mil pesares.

Don Carlos.

¡Hay locuras como aquestas!
 ¿Tú no debes de sentir?

Beltran.

En esto solo se muestra
 la virtud de estas señoras,
 pues cuando otras se pasean,
 haciendo alarde en el coche
 de su gala y su belleza,
 se entretienen y se ocupan
 en diversion tan honesta.

(1) *Fr*
 con baran

Don Carlos.

¿Luego no te burlas?

Beltran.

¿Cómo?

Para que mejor lo creas,
aguarda y veráslo todo. *Entrase.*

Don Carlos.

¡O cómo obliga y sujeta
los ánimos la virtud!

Sin duda el cielo, que ordena
mi remedio, me ha traído

á esta casa, porque vea

mi libertar en su amparo,

mi prision en su belleza,

en su recato mi dicha,

y mi quietud en sus prendas.

(1)

Beltran.

Mira si es cosa de burlas

el escuadron de doncellas,

(que de estas yo lo aseguro)

que tiene á cargo una dueña.

Aquesta es doña Calandria,

esta doña Melisendra,

estotra doña Sofía,

y aquella doña Lucrecia;

la dueña se ha de llamar

doña Rodriguez de Puebla:

toda es gente muy callada,

muy recogida y muy cuerda;

solo la dueña me aturde.

Don Carlos.

¿Cómo?

(1) *Vuelve á salir Beltran trayendo un estrado con barandilla, y en él cuatro muñecas y una dueña.*

Beltran.

Podremos por ella
ser descubiertos.

Don Carlos.

¿Qué dices?

Beltran.

Tú no conoces las dueñas:
por solo llevar un chisme,
hablarán sin tener lenguas:
de mirarla estoy temblando.

Don Carlos.

Tus locuras me marean.

Beltran.

¡Que será ver ocupada
á la señora Marcela
preguntádoles á todas,
cuando á visitarlas venga!
¿como estais, doña Calandria?
Y responderá por ella:
á vuestro servicio, prima;
que las damas se vosean. =
Hermosa estais; ¿quién os hace
moños? = Una amiga nuestra,
que tiene notable gracia. =
¡Buen tocado! ¿Veis comedias? =
Las nuevas. nadie lo escusa;
las damas todo lo alegran. =
¿Qué os poneis en estas manos? =
Una mudilla de almendras,
piñones y salvadillo. =
¡Qué blancura, qué belleza! =
¡Jesus! tengolas perdidas.
Y estará de esta manera
desde las ocho á las doce,
desde las tres á la queda,

libre de oír á don Gázmio
concelos de Taracea.

Don Carlos.

¡Vive Dios, que es la mas alta,
la mas segura, mas cierta,
y la mas clara señal,
que su virtud nos enseña!
¡O quien fuera tan dichoso!
¿Mas quien habrá que se atreva
á sobredorar agravios
con amorosas finezas?
¡Ay Beltran!

Beltran.

¿Qué viento corre?

Don Carlos.

Hermosísima es Marcela:
en la piedad es divina,
misteriosa en la prudencia,
soberana en la cordura;
pues con tantas escelencias,
¿qué haré yó en quererla bien?
¿Qué haré en perderme por ella,
si el vivir por ella gano?

Beltran.

Pues yo sé que no la pesa
de verte, y de ser querida.

Don Carlos.

No lo creas, no lo creas,
que no soy yo tan dichoso,
ni es ella tan poco cuerda,
que en tan peligroso banco
empeñe tan altas prendas.

Beltran.

Quedo, que siento ruido.

Don Carlos.

La llave tocó en la puerta;
recoge, Beltran, todo eso.

Beltran.

Ya no es posible que pueda.

ESCENA X.

Dichos, doña Marcela y Teodora.

Doña Marcela.

¿ Señor don Carlos?

Don Carlos.

Señora,

este necio....

Beltran.

¿ Quién lo niega?

Yo soy un necio, y aun dos;
mas como son tan discretas
estas damas con quien hablo,
mis necedades celebran.

Teodora.

Es muy grande atrevimiento,
cuando necedad no sea,
llegar á cosas que tiene
mi señora.

Beltran.

Sí supiera

lo de la orza, ¡ mal año!

Doña Marcela.

Aparta, tú eres la necia:
en aquesto entretenida
permíto que se diviertan
algunas horas del día;
que son vislumbres que quedan
de la niñez.

Don Carlos.

De divina
direis mejor , pues con ellas
dais ser á quien no le tiene.

Doña Marcela.

¿Cómo?

Don Carlos.

A mí y á las muñecas.

Doña Marcela.

No habéis de eso.

Don Carlos.

¿Que por tí
pase yo aquestas afrentas?

Beltran.

¿Qué afrentas? Pues aun ahora
lo de la orza nos queda.

Don Carlos.

Perdonad , señora mia ,
esta atrevida licencia ,
pues quien de necios se sirve
á sufrillos se sujeta.

Beltran.

No es muy grande atrevimiento
que en presencia de la dueña ,
hablamos con estas damas ;
y si algo malo se hiciera ,
no nos perdonára el chisme.

Don Carlos.

Yo te cortaré la lengua.

Doña Marcela.

No quiero que os den cuidado
ocasiones tan pequeñas ,
cuando en empeños mayores
por vuestra causa estoy puesta.

*

Don Carlos.

¿Cómo pueden ya, señora,
ser pequeñas siendo vuestras?
Tan de grandes se acreditan,
por el dueño que respeta
el alma, que ya no son,
sino lo que representan.

Doña Marcela.

Sois vos muy galán.

Don Carlos.

No soy,

aunque en esto lo parezca;
mas para mí basta ser
damas, aunque sean supuestas,
para tratar su hermosura
con decoro y reverencia,
con respeto y cortesía.

Doña Marcela.

¡Jesus, que cosa tan tierna!

Beltrán.

Es ternísimo mi amor:
á la luna de Valencia
suele derretirse mas,
que otros al sol de Guinea.
¿Velo vusté? Bien lo ve;
pues en lo tierno es jalea,
en lo azucarado almiar,
y en lo regalón manteca.

Doña Marcela.

Bien le conoces, Beltrán.

Teodora.

A fe, que es muy linda pieza
el tal Beltrán.

Beltrán.

¡Qué donaire!

Si vusté me conociera ,
se había de perder por mí.

Teodora.

¿No es mejor que no me pierda?

Beltran.

Para que yo me la hallára ,
se ha de entender.

Teodora.

¿Qué me cuenta?

Beltran.

No te contaré los años ,
que es lo que á todos les pesa.

Teodora.

¿Y qué hiciera si me hallára?

Beltran.

¿Qué? La colgára á la puerta
de una iglesia.

Teodora.

¿Soy rosario?

Beltran.

Si, y aun son muerte sus cuentas.

Teodora.

¿Qué hallado está en solo un día!

Beltran.

Aconsejóme una vieja
que no fuese corto, y yo
aprovecharme quisiera
del consejo; porque al fin
toda cortedad es mengua:
doy lo que tengo, y recibo
siempre con mucha llaneza.

Teodora.

No me descontenta el modo.

Beltran.

Es de lo nuevo.

Teodora.

¡Qué pieza!

Beltran.

Oye vusted. ¡Habrá en casa,
para un deseo siquiera,
cualque verengena en miel?

Teodora.

¡Ay sacarron, buena es esa!
¿Tan presto has dado en la orza?

Beltran.

Ella dió en mí; y agradezca
vusté que dió en parte blanda.

Teodora.

¿Pues dónde peor pudiera?

Beltran.

En una esquina, y romperse.

Don Carlos.

Esto mi amor os confiesa;
contra el veneno mortal
de la vívora sangrienta,
entre muchas confecciones,
se aplica su carne misma;
no porque tenga virtud
para preservar con ella
del fiero diente la injuria,
mas por que como saeta,
al corazon se encamina,
porque se lleva trás ella
el antídoto con quien
está mezclada, y revuelta
sirve de posta al remedio,
llega presto, y aprovecha,
ayudando su malicia
entra su malicia misma.
Yo pues así, á quien hirió,

aspid de vuestra belleza,
entre infinitos remedios,
la necesidad me enseña
á aplicar, sino á vos misma,
estas obras, que por vuestras,
al corazon me encaminar
consuelos que me entretengan,
esperanzas que me animen,
memorias que me diviertan,
respetos que me aseguren,
y ocasiones que me alegran.

Doña Marcela.

Pues para que no tengáis
ocasiones como aquestas
con damas, que aunque fingidas,
como decís, os inquietan,
yo las haré desterrar
de la sala,

Don Carlós.

Hacéisme ofensa.

Doña Marcela.

Y aun las echara de casa,
que no es razon que haya en ella
quien á mí me dé cüidados.

Tente, amor, que te despeñas. *ap.*

Don Carlos.

¿Cuidados á vos, señora?
Aun no daroslos pudiera
en humana forma el sol,
cuando en sus doradas trenzas,
sollozára el alba aljofar,
ó llorara bláncas perlas.

Doña Marcela.

Soy yo, Carlos, en mi casa,
muy celosa, muy atenta,

y ni aun de damas fingidas
quiero sufrir competencias.

Don Carlos.

Dadme licencia que cuente
por favores estas quejas,
y que á mi esperanza pida
albricias de ellos y de ellas,
que se las dé á mis temores,
que el gusto las enriquezca,
que las admiren los ojos,
y las celebre la lengua.

Doña Marcela.

¡ Albricias! ¿ de qué suceso?
¿ De qué deseadas nuevas?

Don Carlos.

De veros tan enojada
con lo mismo, que antes era
entretenimiento vuestro.

Doña Marcela.

¿ Pues esto á vos os alegra?

Don Carlos.

Si, que es señal que ya el gusto
olvida burlas por veras.

Doña Marcela.

Antes quiero que tengais
esta visita primera
por castigo, y que sepais,
que solo á ver mis muñecas
vine; mas ya, como digo,
cesará (pues las destierra
de esta sala mi rigor)
la ocasion que me pudiera
traer otras muchas veces.

Don Carlos.

De tan injusta sentencia

apelo á vuestra piedad :
 no permitais que padezcan
 por mi ocasion estas damas ;
 porque aunque yo solo sea
 quien sienta, desee y lllore
 vuestra divina presencia ,
 por mí no me atrevo á tanto ,
 ni creo que os lo merezca ,
 que ha muy poco que os conozco ,
 y como entré por la puerta
 del agravio me acobarda
 mi delito y vuestra ofensa :
 por ellas lo habeis de hacer.

Doña Marcela.

Por vos lo hago , y por ellas.

Don Carlos.

¡ O quanto os debe mi vida !

Doña Marcela

No conteis , Carlos , por deuda
 lo que yo por mi he de hacer.

Don Carlos.

Eso es bien que os agradezca.

Doña Marcela.

Creed que no os quiero mal.

Don Carlos.

¿ Y no me dareis licencia
 para creer algo mas ,
 aunque engañado lo crea ?

Doña Marcela.

Tomaosla vos , y creed
 lo que mejor os parezca.

Don Carlos.

¿ Volveré á pedirme albricias ?

Doña Marcela.

Como quisieredes sea.

Don Carlos.

Ya se las pido á mi dicha.

Doña Marcela.

Dadla en mi nombre unas señas.

Don Carlos.

¡Con tal favor, serán grandes!

Doña Marcela.

A lo menos serán ciertas.

Don Carlos.

¿Qué le diré á mi ventura?

Doña Marcela.

Que ya corre de mi cuenta.

Don Carlos.

¡O que albricias me prometo!

¿Las señas?

Doña Marcela.

¿Aun se os acuerda?

Don Carlos.

Impórtame.

Doña Marcela.

Pues serán

Las Muñecas de Marcela,

Nota en cara el proceso

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON LUIS.

Doña Marcela, doña Vitoria y Teodora.

Doña Vitoria

¡Que poco gusto recibe,
quien tan dichoso ha nacido;
pues siempre en las dichas vive!
Tanto en sí de sí concibe,
que siendo en la dicha igual,
negado al ser racional,
y concedido al desden,
trata con desprecio el bien,
porque no conoce el mal.
Quien le sirve, no le agrada;
quien desea su bien, le ofende;
cánsale quien le defiende;
quien le enamora, le enfada;
todo le parece nada;
sus altivas fantasías
estragan las cortesías;
por favores dá desprecios:
¡O ventura, mal de necios,
y que de soberbias crías!

Doña Marcela.

Tu discurso misterioso,
quisiera, hermana, entender.

Doña Vitoria.

Como en tí misma ha de ser,
te será dificultoso;

pero por si algun curioso
pensamiento te arrebatá,
mi discurso se remata
diciendo, que es mal sin cura,
desdichada la ventura,
pues siempre con necios trata.

Doña Marcela.

Puesto que ya has confesado,
que hablando conmigo estás,
la respuesta aguardarás
de tu discurso cansado.
Engañaste, si has pensado
que viene á ser dicha en mi
lo mismo que lo es en tí;
porque hay mucha diferencia,
de tu nativa ascendencia
á aquella en que yo nací.
Lo que á tí te causa enfado,
me puede á mí dar contento:
lo que á mí me dá tormento,
ser lisonja de tu agrado.
Si por tí sola has juzgado,
engañóte tu conceto;
nadie es dichoso, en efeto
por ageno parecer;
porque la dicha ha de ser
proporcionada al sugeto.
Si el ser de Octavio querida,
juzgas á dichosa suerte,
en mi inclinacion advierte,
y quedarás convencida:
no es el ser aborrecida
circunstancia tan cansada,
como ser sin gusto amada:
mira si es distinta cosa;

pues con lo que tú dichosa
me juzgo yo desdichada.

Doña Vitoria.

¿Qué no es dicha el ser querida?

Doña Marcela.

No, si el amor no es igual.

Doña Vitoria.

¿Pues qué será el querer mal?

Doña Marcela.

Desdicha ya conocida.

Doña Vitoria.

Amor es ley de la vida.

Doña Marcela.

Cuando es con union dichosa;
que sin ella es ley penosa.

Doña Vitoria.

Nunca amor dudo ofender.

Doña Marcela.

¿Mas qué te ha de hacer creer
por fuerza que eres dichosa?

Doña Vitoria.

A no estar asegurada
de tu recato y honor,
dijera que de otro amor,
Marcela, estabas prendada.

Doña Marcela.

Ya, Vitoria, estás cansada:
y tu discurso merece,
ú que me enoje ó empiece
á discurrir yo tambien,
que quieres á Octavio bien,
pues que tan bien te parece.

Doña Vitoria.

Confíesote que es así,
y que á ser con fin honesto,

me holgára , que hubiera puesto
los ojos Octavio en mí.

Doña Marcela.

Pues yo , hermana , cedo en tí,
el derecho de su amor.

Doña Vitoria.

Ese es conocido error :
lo que te pido es , que seas
mas cortés cuando le veas ,
siquiera por vengador
de tus agravios no mas.

Doña Marcela.

Cuando mucho le quisiera
por eso la aborreciera ,
mira qué engañada estás ;
tú que á la venganza das
tu afecto , agradece á Octavio ,
que en mí es parecer mas sabio ,
hacer con cuerda templanza
un desaire á la venganza ,
que una lisonja al agravio.
Si yo inclinada le viera
á la piedad y al perdon ,
á mayor estimacion
me obligára y persuadiera :
cuanto en esto mas hiciera ,
mas fuera á Dios parecido ,
y quien á Dios ha seguido ,
mas nobleza se previene ,
y quien mas nobleza tiene ,
mas merece ser querido.

Doña Vitoria.

¡ Jesus , qué de consecuencias
me alegas por lo piadoso.

Doña Marcela.

Cánsame lo riguroso,
y oféndenme las violencias.
¿Venganzas, iras, pendencias,
quien apetecerlas pudo?
Yo á lo menos nunca dudo
que apaciblemente amor,
vence sin armas mejor,
y por eso anda desnudo.

Doña Vitoria.

Pues él viene á visitarte,
su voluntad desengaña.

Doña Marcela.

Nunca la verdad engaña,
que es luz que vive sin arte:
yo no tendré en esta parte,
si le hablo, mas libertad
de la que en mi honestidad
me aseguro y me prometo:
mas él verá, si es discreto,
en mi rostro la verdad.

ESCENA II.

Dichas y don Octavio.

Don Octavio.

Mucho tiene de grosero
un amor determinado;
si en esto he sido culpado,
piadoso castigo espero.
Licencia tuve primero
que entrase del amor mio:
que no culpareis, confío,
señora, á quien en su error,
le disculpa un ciego amor,

y abona un preso alvedrío.
 Por esto, y por no perder
 las albricias de un suceso,
 hallé disculpa en mi esceso,
 si en amor le puede haber;
 que como en mí llega á ser
 tan próximo el bien que espero,
 no quise que otro primero
 grangease en vuestra gracia
 la dicha de una desgracia,
 que ahora deciros quiero.

Doña Marcela.

Cuanto á vuestra voluntad,
 señor don Octavio, es llano,
 que le debeis á mi hermano
 una sencilla amistad.

Doña Vitoria.

Decidnos la novedad,
 que desgracia y dicha haceis.

Doña Marcela.

Bien por nueva la vendeis;
 si es desdicha y es dichosa.

Doña Vitoria.

Ya me tiene cuidadosa.

Don Octavio.

Oidme, pues, y lo sabreis.
 Oid como el cielo ordena
 (tanto su poder alcanza)
 sin venganza una venganza,
 y un agravio sin pena.
 Ya Valerio en su dolor
 vive menos lastimado,
 ya vé su agravio vengado
 por mano de su ofensor.
 La noche que con violencia,

en aquella casa entramos
 y en ella á Carlos no hallamos
 por su miserable ausencia,
 afirman los que le vieron
 que huyendo por los tejados
 él y un criado, obligados
 del miedo que concibieron
 de la muerte y del castigo
 que á entrambos amenazaba,
 cuando en su venganza estaba
 tan superior su enemigo;
 con desalentada suerte,
 ó deslumbrada huida,
 donde buscaban la vida,
 vinieron á hallar su muerte;
 Al fin, por la novedad
 de rumbo tan esquisito
 tropezando en su delito,
 y cayendo en su maldad,
 al patio de cierta casa
 despeñados acudieron,
 donde pedazos se hicieron.

Doña Marcela.

¡ Válgame Dios ! ¿ Qué esto pasa ?

Teodora.

¡ Qué lástima !

Doña Vitoria.

Así dispone
 el cielo venganzas tales.

Doña Marcela.

Ya se acabaron sus males.

Teodora.

¡ Qué dolor ! Dios le perdone.

Don Octavio.

Sus deudos que lo supieron,

y en tal desdicha le hallaron,
de secreto le enterráron.

Doña Marcela.

Bonísimamente hicieron :
ya hermana estarás contenta ,
que el cielo vengó tu agravio ;
y ya el señor don Octavio
no correrá por su cuenta
aquel sangriento cuidado ,
pues que ya la causa cesa.

Doña Vitoria.

A mí al menos no me pesa ;
no sé si tú te has holgado.

Doña Marcela.

Yo mas que todos. Valerio
no se ha holgado mas que yo.

Doña Vitoria.

Nunca el cielo permitió
tales casos sin misterio.

Doña Marcela.

Y como quiero ayudarle. *ap.*

¡ O vulgo, fiero enemigo !

Yo apostaré que hay testigo
que dice que vió enterrarle.

Teodora.

Así yo , cuando me oleen , *ap.*
ó cuando, por mi ventura ,
los sacristanes y el cura
en mi responso se empleen.

Doña Marcela.

Aunque el engaño apercibo , *ap.*
iré de temores llena ,
á socorrer una pena
con ver á mi Carlos vivo.
A fe que he de celebrar

el suceso y la caída.

Don Octavio.

El pagó al fin con la vida;
cuanto pudiera pagó.

Doña Marcela.

La venganza es inaudita,
y en albricias de ella quiero
(si dais licencia primero)
ir á hacer una visita,
á ciertas damas que están
de esperarme ya cansadas.

Doña Vitoria.

¡Qué muñecas tan sobradas!
Los años te culparán,
viendo que con ellas truecas
por burlas sus desengaños.

Doña Marcela.

Yo gusto de estos engaños.

Don Octavio.

¿Qué damas son?

Doña Marcela.

Mis muñecas.

Don Octavio.

Si esperan, muy justo es vellas,
que es el esperar penoso.

Doña Marcela.

Este suceso dichoso
voy á celebrar con ellas.

ESCENA III.

Don Octavio y doña Vitoria.

Don Octavio.

Ya me ha dejado dos veces
con esta misma ocasion,

*

ó es fuerza de inclinacion,
ó muy pesadas niñeces.

Doña Vitoria.

¿Qué decis?

Don Octavio.

Digo, que alabo
el modo y la cortesía.

Doña Vitoria.

Es muy grande demasia
decir no chero, y no sabo,
el afectar sencillez
y á costa de dos agravios,
tener la leche en los labios,
y en los ojos la niñez.

Don Octavio.

En las damas todo es gala.

Doña Vitoria.

Ventura direis mejor,
que yo sé quien tiene amor
y en años aun no la iguala.

Don Octavio.

No es poca ventura en mí,
ni accion culpable en Marcela,
que cuando amor me desvela,
ella se desvele así.

Su honesto entretenimiento

nadie le puede culpar,

antes obliga á callar

al malicioso, al atento,

al maldiciente, al cruel,

al mordaz, al atrevido,

que ajenas faltas han sido

desvelo sobrado en él;

pues con prudencia no poca

fundada en descuidos sabios,

rienda les pone en los labios,
 freno les pone en la boca;
 negando con lo frecuente
 de tan recatado empleo,
 licencias al galanteo,
 y ocasion al maldiciente.
 Y así, aunque de mis cuidados
 estorben la egecucion,
 entretenimientos son
 muy niños, mas muy honrados.

Doña Vitoria.

Decis bien; pero tambien
 en las burlas y el donaire,
 no ha de fundar un desaire,
 ni ha de afectar un desden.

Don Octavio.

No os entiendo: solo sé
 que nací para su esclavo,
 que su inclinacion alabo,
 que es inviolable mi fé,
 que el amor que me desvela
 nadie le podrá igualar,
 y que un Rey puede envidiar
 las Muñecas de Marcela.

ESCENA IV.

Doña Vitoria.

¡Qué imprudencia! ¡Qué locura!
 ¡Qué desaire tan rapaz!
 Vuelvo á decir que es capaz
 de desdicha la ventura;
 pues de ingratitud cercada
 se ha de regular forzoso,
 quien la tiene por dichoso,

mas ella por desdichada.

ESCENA V.

Doña Vitoria, y doña Marcela, y Teodora al paño

Doña Marcela.

Ví á Carlos, supo de mí;
su mentirosa caida,
alegréme con su vida;
reí su muerte, y vuelvo aquí.
¿Fuése ya?

Doña Vitoria.

Detente un poco,
que puede verte y oírte.

Doña Marcela.

Que no importa.

Doña Vitoria.

Iba á decirte,
como á niña, guarda el coco.

Doña Marcela.

Advierte, que ya de mí
cuanto hables, no importa cosa.

Doña Vitoria.

¿Por qué?

Doña Marcela.

Porque estás celosa,
y hablan los celos en tí.

Doña Vitoria.

¿Yo celos! ¿Cómo, ó de quién?

Doña Marcela.

Lo que has de hacer, es dejarme:
ni cansarte ni cansarme,
que nos estará muy bien.

Doña Vitoria.

En una cosa reparo,

que me has de satisfacer:
la casa que solia ser
comun refugio y amparo
de las dos; ¿por qué la tienes,
tan cerrada? ¿Qué hay en ella,
que ya no podemos vella?

Doña Marcela.

¿Qué ha de haber? Donaire tienes.
A esto has de acudir, Teodora, *ap.*
en la otra sala siguiente....

Teodora.

Ya entiendo.

ESCENA VI.

Dichas menos Teodora.

Doña Marcela.

Pues diligente
el satisfacerte ahora,
será ofender mi verdad,
si bien el ser sospechosa
es achaque de celosa.

Doña Vitoria.

¿No me ha de hacer novedad
el ver con tanto recato
dentro de casa una puerta,
que conocí siempre abierta?

Doña Marcela.

No te ha de costar barato
saberlo.

Doña Vitoria.

Cuando lo impidas,
habrá mas que sospechar.

Doña Marcela.

Pues yo sabré castigar

sospechas tan atrevidas.

Doña Vitoria.

No te enojés.

Doña Marcela.

Tu grosero
término, cansa y enfada.

Doña Vitoria.

¿Porque me niegas la entrada?

Doña Marcela.

No mas de porque yo quiero,
que pues tú culpando estás
mis honestos pensamientos,
juegos y entretenimientos,
no los has de ver jamas.

Doña Vitoria.

¿Pues eso pena te dá?

Doña Marcela.

Y si en ello mas te metes....

Doña Vitoria.

No quiero ver tus juguetes,
no te enojés, bien está;
pues conoces de mi amor,
que en público y en secreto
te obedezco, y te respeto
como á mi hermana mayor.

Doña Marcela.

Pues ahora lo has de ver,
que no te quiero dejar
otra vez que sospechar:
toma, y abre.

Doña Vitoria.

Soy muger,
la curiosidad me obliga;
perdona si te ofendi.

Doña Marcela.

Anda , que te aguardo aquí.

Doña Vitoria.

Ya voy.

Doña Marcela.

¡ O hermana enemiga ! *ap.*

Doña Vitoria.

A las guardas de esta llave
mi satisfacion remito ,
que el sospechar no es delito
cuando hay ocasion tan grave ;
pero mi hermano y Valerio
vienen ; no importa : despues
veremos el que es , y que es
de este encerrado misterio.

ESCENA VII.

Dichos , y Don Luis y Valeria.

Valerio.

Don Luis ¿ sois mi sobrino ?

Don Luis.

Sobrino é hijo vuestro me imagino.

Valerio.

¿ Sabeis que vuestro primo don Garcia
murió á la injusta mano , ¡ ay suerte impia !
de su mayor amigo ?

Ya lo sabeis , de todo sois testigo ;
también debéis saber , de pena muero ,
que sois por muerte suya mi heredero :
mas que sepais intento
que heredais con mi hacienda el sentimiento ,
el dolor , la pasion y la esperanza
de tomar de su muerte la venganza.

Don Luis.

Señor, si lo que el pueblo dice es cierto,
¿que venganza podré tomar de un muerto?

Valerio.

Ya el ingrato homicida,
desesperado se quitó la vida,
ya murió despenado;
mas no por eso quedo yo vengado,
que si huyendo mi furia
él se mató, viva quedó mi injuria.
Esta habeis de vengar, para que sea
egemplo y escarmiento á quien lo vea,
con aceros valientes,
en deudos, en amigos y parientes.
La sangre derramada
de vuestro primo, no quedó vengada,
con muerte igual; pues antes, si se advierte,
por no darme venganza, se dió muerte;
pues si el fue de si mismo el homicida,
vivo quedó el agravio, aunque él sin vida:
que lo vengueis os pido,
muera aqueste linage fementido,
que mientras no haceis lo que os prevengo,
ni vos teneis honor, ni yo le tengo.

Don Luis.

Señor, mucho quisiera
que la razon á tu pasion venciera.

Doña Marcela.

El cielo favorezca mis temores; ap:
á un muerto le amenazan sus rigores:
¡ciega pasion! pues vive, si se advierte,
mas alla su venganza de la muerte.

Don Luis.

Ya murió don García,
vengar su muerte yo fue causa mia,

si por tal la recibo,
 mientras el ofensor estuvo vivo;
 pero ya muerto es llano,
 que quiso Dios vengarse por su mano,
 y escusar (su poder todo lo alcanza)
 en tí el odio, en mí el duelo y la venganza;
 pues si Dios de esta suerte lo ha trazado,
 por mano mas valiente estás vengado.
 Templa tu enojo, basta ya lo hecho,
 pues la espada de Dios te ha satisfecho;
 y considera que si mas pretendes,
 á tu primero vengador ofendes.
 Derramar impaciente
 la sangre de sus deudos inocente,
 por la mia, ó tu mano,
 hecho es mas de gentil que de cristiano;
 y los que hoy te consuelan lastimados,
 te culparán despues libres, y ayrados.
 Ten por consejo sábio,
 que muerto el ofensor, cesó el agravio;
 Dios tomó por su cuenta
 tu enojo, tus venganzas y tu afrenta,
 y puesto de por medio,
 ni falta mas que hacer, ni hay mas remedio;
 pues por templar tu furia,
 él midió la venganza con la injuria,
 la cura con la llaga:
 de una vida, otra vida es justa paga.
 ¿Quieres tú adelantarte,
 haciendo mas que Dios para vengarte?
 Ni yo me atreveré, ni el mas ingrato
 podrá negar que es grave desacato,
 cruel descortesía,
 grosero horror, villana tiranía:
 el cuerdo así lo entienda

que en las obras de Dios no cabe enmienda.

Doña Marcela.

Señor, basta el castigo
que padeció á tus ojos tu enemigo,
y si aquestas razones
no vencen el rigor de tus pasiones,
mas adelante pasa,
y la ruina advierte de tu casa.

Doña Vitoria.

Basta, señor, la muerte del tirano,
ejecutada por su propia mano;
pues con esto se alcanza
mas quietud, menos pena, y mas venganza.

Doña Marcela.

Gloria á Dios, que una vez sola te he hallado.
piadosa.

Doña Vitoria.

Eso agradécelo al tejado.

Valerio.

Don Luis, vuestras razones y su muerte,
han podido templar dolor tan fuerte;
pero de ellas colijo
que sois sobrino, pero no sois hijo;
y creed que os quisiera haber hallado,
menos cristiano, pero mas honrado.
Quedaos con Dios, que pues que Dios lo quiere,
llorando viviré lo que viviere. *case.*

Don Luis.

Señor, aguarda: ya salió á la calle;
iré, si puede ser, á consolalle. *case.*

Doña Vitoria.

Y yo á ver mi secreto. *case.*

Doña Marcela.

Pase el tiempo, que el tiempo hará su efecto.

ESCENA VIII.

APOSENTO EN LA HABITACION DE DOÑA MARCELA.

*Don Carlos y Beltran.**Don Carlos.*

Ya nos juzgan despeñados.

Beltran.

No saben que en esta casa
 es la piedad tan sin tasa,
 que si va por los tejados,
 es casa de caridad,
 refugio en las aflicciones,
 en desvanes, en fincones,
 se hallan orzas de piedad.

Don Carlos.

Menos en Vitoria.

Beltran.

Es plaga
 que no haya cumplida gloria,
 pues mal puede ser Vitoria,
 si de crueldad se paga.

Don Carlos.

A este intento tengo ya,
 aunque no escritos, pensados,
 unos versos mal limados.

Beltran.

Escríbelos, que aquí está
 tintero, pluma, y papel.

Don Carlos.

¿Pues quién Beltran te lo ha dado?

Beltran.

Esto tengo de hombre honrado;

jamas anduve sin él.

Don Carlos.

Es prevencion milagrosa.

Beltran.

No es tal como yo quisiera,
mas para la faltriquera,
no se permite otra cosa.

Ves aqui pluma y tintero,
y papel.

(1)

Don Carlos.

Milagro ha sido
hallarte tan prevenido.

Beltran.

Barruntos de despensero
son estos, que me han quedado
del tiempo que Dios queria,
que tu despensa serbia.

Don Carlos.

(2)

Pues yo escribo lo pensado.

Beltran.

Escribe de esa muger
quejas contra su rigor,
aunque para ser mejor,
sátira habia de ser.
Escríbela á manos llenas
de la orza el egemplar,
pues fue piadosa hasta dar
las últimas berengenas.

Y para que mas terrible
sea lo egemplificado,
dí que una dueña ha callado,
que es el mayor imposible.

-
- (1) *Saca de la faltriquera todo recado.*
(2) *Siéntase, y escribe.*

Que bien se puede alegar,
por milagro de su ser,
que hayan sufrido á la par,
la orza el verse comer,
y la dueña, él no hablar.

ESCENA IX.

Dichos y Teodora muy de prisa.

Teodora.

Carlos, dejad lo que haceis,
presto, presto.

Don Carlos.

¿Qué hay Teodora? *Levántase.*

Teodora.

Que Vitoria, mi señora,
(ya su rigor conoceis),
á esta sala quiere entrar;
que á esta os retireis conviene;
porque aunque llave no tiene,
de aquí no querrá pasar:
ea, apriesa.

Don Carlos.

Entra Beltran. (1)

Beltran.

Esta muger es demonio.

Teodora.

A Dios.

Vase.

Beltran.

Obre san Antonio
un milagro de desvan. (2)

(1) *Déjase el papel sobre la mesa.*

(2) *Carlos y Beltran al paño.*

ESCENA X.

Vitoria mirando á todas partes.

¿ Parece que habia ruido ?
pero no , sola está , y quieta
la sala ; engañóme al fin
la imaginada sospecha :
sí , claro está que mi hermana
cosa que indecente fuera ,
no habia de tener. ¡ Jesus !
yo soy la mala , no ella.
Sus muñecas la entretienen ,
yo la ofendí , ¡ que mal piensa
quien piensa mal , y tan libre
juzga las causas ajenas !
Marcela es al fin un Angel ,
hermosa , piadosa , y cuerda ;
¿ pero qué papel es este ?
Versos parecen , y fresca
está la tinta ¡ mal caso !
No está lejos , sino cerca
quien le escribió , leerle quiero :
volvió á nacer mi sospecha.

Lec.

No es vitoria , que dá gloria ,
perseguir á un afligido ,
la vitoria en el rendido ,
no fue vitoria : Vitoria ,
si quereis vitoria ser ,
de las que agradan á Dios ,
bien cerca teneis de vos
de quien poder aprender.
Vos sabéis que esto es verdad ,

(1)
tran.

y ya que naturaleza
 os igualó en la belleza,
 igualadla en la piedad.
 Que vitoria por Vitoria,
 la maycr, afirma un sábio,
 que es perdonar un agravio:
 esta es vitoria, Vitoria.
 Conmigo habla el papel,
 y de mí el dueño se queja:
 ¡Valgame Dios! ¿quién será?
 ¿mas si le escribió Marcela
 para inducirme piadosa?
 pero no, agena es la letra,
 y aun no está enjuta; pasemos
 adelante, que con esta
 presuncion, no son culpables
 curiosidad, ni sospecha. (1)
 ¿Pero qué es esto? ¿Quién es?

Beltran.

Maridos de las muñecas.

Doña Vitoria.

Cárlos es: ¿señor don Carlos,
 en mi casa?

Beltran.

Linda flema:

no es Carlos.

Doña Vitoria.

¿Este es el muerto? *ap.*

Beltran.

Somos figuras supuestas;
 muñecos somos, que viendo
 que estaban aquestas hembras

(1) *Levanta el paño y descubre a Carlos y Beltran.*

á fuer de amazonas solas,
venimos á estar con ellas.
¿No le vé usted que no habla?
ni yo, aunque se lo parezca,
tampoco hablo, que todo
es obra de ropa vieja;
de puro retal de sastre
nos hizo una muñquera.
Todo cuanto vé es andrajos,
narices, ojos, y cejas,
puntadas de hilo prieto.

Doña Vitoria.

A fe que la burla es buena.

Beltran.

Los diablos lleven la burla, *ap.*
y á quien por burla la cuenta.

Don Carlos.

Señora, ya que permite
el empacho, y la vergüenza
alientos al corazon,
y movimiento á la lengua,
el uno hasta aquí turbado,
la otra hasta ahora presa;
oid con alma piadosa,
atended con blanda oreja,
venturas de un desdichado,
que antes que lleguen se ausentan,
piedades que no se logran,
temores que siempre acechan,
una vida que ya sobra,
y un aliento, que sin ella
solo sirve á los peligros.

Doña Vitoria.

Ya cuanto escucharos pueda
me lo han dicho aquestos versos.

Belrran.

¡ Ay, Señor ! sobre la mesa *ap.*
 olvidados los dejó;
 jurára yo que ellos fueran
 la causa de nuestros males.
 ¿ Dime , es sátira siquiera ?

Don Carlos.

No son sino mi desdicha,

Beltran.

Si es sátira , nos entrega , *ap.*
 voto á Dios , á la justicia ,
 para que mañana sean
 un cuchillo , y un cordel
 crisol de nuestras conciencias.

Doña Vitoria

De aquí nació la piedad *ap.*
 de mi hermana , aquestas eran
 las causas de adelantarse
 tanto en su favor Marcela.
 Mas no me espanto , es muger ,
 y la causa no es pequeña :
 mucho obliga un hombre tal ,
 mucho una humildad sujeta.
 Yo juzgaba desde lejos ,
 y ahora que estoy mas cerca
 me ha trocado la ocasion ;
 porque es en todas materias
 muy diferente , y distinto
 tratar de ella , ó verse en ella.
 El que se pinta mas fiero ,
 cuando vengador se piensa ,
 en llegando á la ocasion ;
 si no se muda , se templea.
 Airada estuve con Carlos ,
 su imaginada tragedia

*

no me pesó, y me pesára
si agora le sucediera.

Don Carlos.

Si de suspensiones tantas
ha de salir la sentencia
contra mi vida, yá espero,
que pronuncieis, venga apriesa
el fallo, sea mi muerte
el socorro de mis penas.

Beltran.

Mas que plega á Jesu-Cristo,
que nunca salga, ni venga,
fallo que ha de ser tan malo,
y que tartamuda sea
la lengua que lo pronuncie;
falténle dientes, y muelas,
porque hable papanduja,
y no se oiga, ni entienda.

Doña Vitoria.

Carlos, no soy tan cruel,
aunque á vos os lo parezca,
tambien hay piedad en mí,
no toda estaba en Marcela,
que aun hay piedad para todos.

Don Carlos.

Para mi solo pudiera
faltar en vos, que mi culpa
sino la ataja, la templa,
sino la yela, la entibia,
si no la acaba, la mengua.

Doña Vitoria.

Mirad, la mayor virtud
aspira á que le agradezcan,
y por eso el beneficio
se pinta con muchas lenguas,

que unas le publican , y otras
repiten la recompensa.

El mismo Dios , con ser Dios ,
gusta que el hombre le sea
agradecido , y se ofende
cuando á esta virtud se niega.

Marcela tuvo ocasion ,
y agradecimiento en ella ;
yo no la tuve , ni habia
quien mi piedad conociera ;
ella obró , mas yo no pude ;
habló con vos , yo en ausencia ;
ella os vió , yo nunca os ví :
quien vé el daño , le remedia ;
quien no le vé , no le siente ,
quien no le siente , se aleja
de la piedad , y en efeto
queda dicho en mi defensa ,
que en la materia se labra ,
mas no hay labor sin materia.
El engaño de mi tio ,
digo , la opinion incierta
de que ya sois muerto , pase ,
y por mi no tengais pena
que se descubra el secreto.

Don Carlos.

Nunca de vuestra nobleza
me prometí menos dichas.

Beltran.

Si á Beltran no dais licecencia
para que á besos deshaga
de vuestro chapin la suela ,
besaré el suelo , y dirá
con humildad , todo es tierra.

Doña Vitoria.

No es mi hermana mas piadosa ,
si bien es mayor su deuda ,
puesto que aventura mas ,
cuando ya tiene tan cerca
sus bodas con don Octavio ;
y así , por vos , y por ella
debeis mirar juntamente.

Don Carlos.

¿ Qué decís ?

Doña Vitoria.

Tocó en la piedra , *ap.*
y descubrió sus quilates.
Que ya es de Octavio Marcela.

Don Carlos.

¿ Pues por cuando ?

Doña Vitoria.

¿ Qué decís ?

Don Carlos.

Que muchos años lo sea.

Doña Vitoria.

Conocí su turbacion. *ap.*

Don Carlos

La sangre se heló en las venas. *ap.*

ESCENA IX.

Dichas , Marcela y Teodora al paño.

Doña Marcela.

Mi cuidado , y su tardanza ,
me tienen , Teodora , inquieta.
¡ Mas ay de mí !

Doña Vitoria.

A Dios , don Carlos.

(1)

(2)

Don Carlos.

Dios os guarde. Amor, paciencia. *ap.*

Doña Marcela. (1)

¿Qué al fin hubiste de ver?

Doña Vitoria.

Pasa adelante, y no temas,
si bien pudieras temer;
que quien un secreto cела
de su hermana, ó de su amiga,
cuando estas despues lo sepan,
y lo revelen, no tiene
lugar ninguno la queja.

Doña Marcela.

Advierte.....

Doña Vitoria.

No hay que advertir.

Toma tu llave, Marcela,
que ya se que solo vienes
á visitar tus Muñecas. (2)

Teodora.

Todo se ha puesto de lodo,
si el cielo no lo remedia.

Doña Marcela.

Cielos, si á Carlos perdí, *ap.*
mi vida tambien se pierda.

Don Carlos.

Acabóse la esperanza, *ap.*
cayó el edificio en tierra.

Doña Marcela.

¿Carlos?

Don Carlos.

Señora.

(1) *Sale al encuentro Marcela.*

(2) *Dále la llave y case.*

Doña Marcela.

Bien mío.

Don Carlos.

¡Oh qué escusadas ternezas!
¡qué deslumbradas que vienen!
¡qué dando de ojos que llegan!
¡qué sin ventura que nacen!
¡qué á la muerte, ó qué tan cerca,
que las marchita, y caduca
el soplo que las alienta!

Doña Marcela.

¿Qué decís?

Don Carlos.

Que soy dichoso,
pues ya ni el temor me aqueja,
ni la prision me acobarda,
ni la muerte me amedrenta;
que el que nace á las desdichas,
ó el que vive á las ofensas,
después de temerse á sí,
nada que temer le queda.

Doña Marcela.

Si porque ves revelado
mi secreto, y mi cautela,
previenes extremos tantos,
ó encubre el pesar, ó deja
parte á quien sabrá sentirlo,
sin saltar á la prudencia:
déjame la mayor parte,
que no quiero que tú sientas
la que á mí pueda tocarme,
pues en tus riesgos me quedan
después de saber llorarlos,
mas esperanzas que piensas:
ten aliento, ten valor.

Don Carlos.

No yerras cuando me alientas,
bien haces cuando me animas,
que son prevenciones cuerdas
para un solo, á quien afligen
tantos males, tantas penas:
y si el rigor de la muerte
piensas que temo, mal piensas,
que otro mayor me amenaza,
otro mas grave me aqueja.

Doña Marcela.

¿Mayor?

Don Carlos.

Cuanto es mas pesada
que toda el agua la tierra,
el agua que todo el ayre,
el ayre mas que la esfera
del fuego, tanto es mayor
la pena que me atormenta.

Beltran.

Busted no entiende á mi amo;
todo esto es pueblos en Persia,
que es mucho peor que en Francia.

Doña Marcela.

Dílo tú, porque lo entienda:
háblame claro, Beltran.

Don Carlos.

Cuando os dé la enhorabuena
ó el parabien de las bodas,
que vuestro gusto concierta
con Octavio, hablaré claro.

Doña Marcela.

¡Jesus, y toda esa arenga
gastas en cosa tan poca!
pensé que temores eran,

de haberte Vitoria hallado.

Beltran.

Aquí empieza la tormenta. *ap.*

Don Carlos.

¿Poca cosa te parece?
 ¡Ó como el alma quisiera
 perder de vista el agravio,
 porque ni viera, ni oyera
 las escuadras de enemigos,
 que le acometen, y cercan!
 Vengan los males despacio,
 que ya sé que se atropellan
 por llegar, y que es bastante
 para mirarme cualquiera;
 pero vengan todos juntos,
 que mas disculpa le queda
 al que resistiendo á muchos
 dió la vida en la pendencia.
 Si amabas á Octavio, ingrata,
 si con Octavio conciertas
 tu casamiento, ¿por qué
 tiranamente alhagüeña,
 en tu casa me acogiste?
 ¡Pluguiera á Dios que la misma
 noche que á tus pies llegué,
 término á mi vida fuera!
 Mas si por tomar venganza
 de tus pasadas ofensas,
 lo hiciste, disculpa tienes:
 ¡qué bien haces! Bien te vengas,
 pues muchas veces me matas,
 por una que me defiendas.
 No fuera, no, tan cruel
 Valerio, aunque la sangrienta
 espada de su venganza

desatára de mis venas
corrientes hilos de sangre,
que añudó naturaleza,
no porque del cuerpo solo
triunfára, una vida fuera
término de sus rigores;
pero tu aguda cautela
el filo de tus engaños,
el cuchillo de tu lengua,
no menos que el del verdugo
lisonjeado en la venda,
degolló el alma, y cortó
tres vidās en tres potencias.

No agradezco tu acogida,
pues fue como la de aquella
fiera, que alhaga con llanto,
para matar con soberbia.
Mas piedad que á tí le debo
á Vitoria, pues en ella
hallé una verdad de acibar,
contra un engaño de nectar,
una libertad del alma,
contra una prision perpetua.
Un desahogo del sol,
contra una pesada niebla;
y al fin un morir, saliendo
de una vida ya tan muerta.

Doña Marcela.

Señor don Carlos, á espacio,
no deis voces, que se altera
mi casa, y pública haceis
mi desdicha, y vuestra ofensa.

Don Carlos.

Eso quiero, eso pretendo,
eso mi valor desea;

vive Dios que he de salir
donde Valerio me prenda,
y tomen de mi venganza
los que mi muerte desean.

Doña Marcela.

Por eso bien, que yo tengo
la llave de aquesta puerta,
y no saldreis sin mi gusto.

Don Carlos.

Daré voces, ó por fuerza
saldré de aquí.

Doña Marcela.

Carlos, Carlos,
(¡ ah injusta hermana !) no quieras
malograr una piedad
con una vitoria necia,
un amor tan de diamante,
con unos celos de cera.
Pide á la satisfaccion
un rayo que los resuelva,
un vapor que los consuma,
y una verdad que los venza,

Don Carlos.

¿ Satisfaccion quieres darme ?

Doña Marcela.

Eso quiero que me debas,
y pues te has desahogado,
deja que yo me defienda,
y advierte, que es hacer mucho
tener dos veces paciencia,
ó ya perdonando agravios,
ó ya sufriendo tus quejas.

Beltran.

Me lleve el diablo, señor,
sino le sobran mil leguas

de razon, y á tí te faltan;
pues á la razon no llegas,
ni llegarás, aunque tomes
postas en todas las ventas.

Don Carlos.

(1) Ea, basta majadero.

Beltran.

No tanto, que no agradezca,
que soy de los del refran,
cuyo testo es á la letra,
ya que no hay miel en la orza,
en la boca es bien tenella.

Doña Marcela.

¿Qué importa que don Octavio
mi casamiento pretenda?

¿Y que tenga con mi hermano
su voluntad muchas prendas,
si en mí no tiene ningunas?

¿Por dicha, soy yo de aquellas
que rinden la voluntad
al matrimonio por fuerza?

¿ó de las que amantes fingen,
engañan, y lisonjean?

Si no te tuviera amor,
si aficion no te tuviera,

¿por qué habia yo de fingir
con tu amistad finezas?

¿que te debe mi alvedrío?

¿qué has hecho por mí, que pueda
obligarme eternamente?

¿derramar mi sangre es deuda?

¿la ofensa es obligacion?

¿la enemistad lisonjea?

¿pues por que habia de fingir
amor, sino te quisiera?

Ea , que estás muy cansado ;
vete luego , abre la puerta ,
toma esa llave , y no pares
en mi casa , que así llega
á lograr piedades tantas ,
quien de enemigos se prenda. (1)

Don Carlos

¿ Luego no es con gusto tuyo ?

Doña Marcela.

¿ Cuando con mi gusto fuera ,
me habias tu de merecer
un pensamiento siquiera ?

Beltran.

¿ Estamos buenos ahora ?

Doña Marcela.

¿ No te vas ? ¿ por qué lo dejas ?
Ya tienes llave , que yo
hasta darte esta respuesta
te detuve , pero ya
no temas que te detenga.

Don Carlos.

Yo me iré , que por lo menos
la muerte es línea postrera
de los males , y en efecto
saldré de todos con ella.

Doña Marcela.

Vete , que á mí no me importa
que mueras , ó que no mueras.

Don Carlos

Ni á mí me importa el vivir.

Beltran.

Pues no es chanza de comedia

(1) *Arroja la llave.*

(1)

el salir, que vive Dios,
que está el demonio á la puerta,
y si á tí el morir te agrada,
á mí el pensarlo me enferma.

Teodora.

Deténle, señora mia.

Doña Marcela.

¿Yo, Teodora?

Beltran.

Acaba, llega,
y desenójala.

Don Carlos.

¿Yo?

Beltran.

Tú, pues, que esta polvareda
has levantado sin causa.

Don Carlos.

Déjame, Beltran.

Doña Marcela.

¡Qué necia
estás, Teodora!

Beltran.

Ahora bien,
Teodora arrempuja, y sea
al mismo tiempo que yo. (1)

Don Carlos.

No es menester tanta fuerza,
para volverme, Beltran.

Beltran.

Pues cuerpo de Dios, no tenga
quien ha de volver humilde,
tantos humos, y soberbia.

(1) *Arrempuja á su amo.*

Teodora.

Señora, ya se han quedado.

Doña Marcela.

¡Ay amor, cuanto me cuestas! *ap.*

Beltran.

Ya, señora, no nos vamos.

Doña Marcela.

Haga lo que le parezca,

Beltran, el señor don Carlos.

Teodora.

¿Ea, aguardais á que vengan
los enemigos de casa?

Doña Marcela.

Sabe Dios cuanto me pesa
de volver á su amistad.

Don Carlos.

Y á mí de qué causa sea
de este disgusto, bien mio.

Doña Marcela.

¿De veras?

Don Carlos.

Y muy de veras.

Beltran.

De veras para ahora es,
y aun plegue á Dios que nos crean
un voto á Cristo redondo.

Doña Marcela.

Amor, sin él se contenta.

¿Volvereis á iros de casa?

Don Carlos.

No, como Octavio no venga.

Doña Marcela.

Necio temor.

Don Carlos.

Es de amor.

Doña Marcela.

¿ Amor teme ?

Don Carlos.

Se recela.

Doña Marcela.

¿ Y á vos quien os asegura ?

Don Carlos.

El mismo amor.

Doña Marcela.

¿ Con qué señas ?

Don Carlos.

Con las que vos me habeis dado.

Doña Marcela.

¿ Cuáles son ?

Don Carlos

¿ No se os acuerda ?

Pues yo no olvidaré.....

Doña Marcela.

¿ Qué ?

Don Carlos.

Las Muñecas de Marcela.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA.

Don Carlos solo.

Tan dormido está Beltran ,
que no puedo despertarle ,
ni me atrevo por no darle
voces , justamente dan
al sueño (aunque nos convida
al descanso , y al reposo)
nombre de ladrón famoso ,
que es la mitad de la vida .
¡ Nos hurta , cuatela estraña !
pues en lo que tanto importa ,
cuando la vida es tan corta ,
en la mitad nos engaña .
Y siempre que en esto toco ,
he venido á resolverme ,
que el hombre que mucho duerme ,
estima la vida en poco .
El se duerme en las prisiones
de menor naturaleza ,
que es pension de la nobleza ,
nacer con obligaciones .

Beltran dentro.

Arma , arma á la muralla .

Don Carlos.

Soñando está todavía ,
el peligro que temia
de llamarle , en él se halla .

Don Car

¿ Beltran , Beltran , qué es aquesto ?
¿ te olvidas de dónde estás ?

ESCENA II.

Don Carlos, y Beltran que sale limpiándose los ojos.

Beltran.

¿ Quién me llama ?

Don Carlos.

¿ Voces das ?

Beltran.

Perdí el honor , perdí el puesto :
no me dejarás , señor ,
que á mal tiempo me llamaste ,
vive Dios que me quitaste
el ser hombre de valor.

Don Carlos.

¿ Que haya sueño tan cruel ?
¿ pienso que aun dormido estás ?

Beltran.

Por un instante no mas ,
que me dejes , gano á Argel.

Don Carlos.

¿ Que siempre has de hablar locuras ?
¿ siempre has de estar de un humor ?
¿ ó de loco , ó de hablador ,
durmiendo aun no te aseguras ?

Beltran.

Cené bien , bebí , llegó
de paz el sueño , y si agora
todos duermen en Zamora ,
¿ no es mucho que duerma yo ?

Don Carlos.

¿ Dando voces ?

*

Beltran.

Ya conoces
mi humor.

Beltran.

Fuerte inclinacion.

Beltran.

¿Qué sabes tú la razon
que tuve para dar voces?

Don Carlos.

¿Qué razon?

Beltran.

Cuando conviene,
muy puesto en razon está,
y cada uno voces dá
conforme la razon tiene.
Soñé que era capitán,
y que con campo formado
Argel estaba cercado,
y que yo como un Roldán,
señalándome entre todos,
á la muralla embestia,
y á mis soldados decia:
«Castellanos Godos,
la sangre de vuestras venas,
en esto es justo se gaste;
y cuando me despertaste,
estaba ya en las almenas.
Vive Dios que es tu rigor
tal, que á decirte me atrevo,
que aun soñada no te debo
una amistad, ni un favor.
Desperté, y aunque me advierto
tan lacayo como ayer,
presumo que puede ser
algún día el sueño cierto.

Presagios son no pequeños,
y de menos me hizo Dios,
que aquí (para entre los dos)
soy noble.

Don Carlos.

No creas en sueños,

Beltran.

Beltran.

Mucho hay que decir
sobre el caso.

Don Carlos.

Y disparate
cuando se diga y se trate.

Beltran.

Un cuento solo has de oír.
Dijo un gran predicador
al pueblo que le atendía,
que quien en sueños creía,
cometía grave error,
como el que de Dios se aleja:
mas luego volvió á decir;
pero quieroos advertir,
que cuando una buena vieja
de estas que todo lo gozan,
es (sin que nada le alija)
alcahueta de su hija,
y sueña que la encorozan,
crea en sueños: yo lo digo,
que porque mas no le ofenda,
le propone Dios la enmienda
en el soñado castigo.

Don Carlos.

¿Pues bien, y qué sacas de esto?

Beltran

Un argumento forzoso,

que cuando el sueño es piadoso,
temerle no es grande esceso.
Pues en tales ocasiones,
si se atiende á la razon,
dejan de ser sueño, y son
divinas revelaciones.

Y á mas de una que me entiende,
le pienso yo aconsejar,
si esto llegáre á soñar,
que crea el sueño, y se enmiende,

Don Carlos.

Aun no has aplicado el cuento.

Beltran.

No es tarde, aplícole agora:
soñar yo, estando en Zamora
recogido en mi aposento,
que España conquista á Argel,
¿no es sueño puesto en razon?
¿puede ser revelacion?

Don Carlos.

Si.

Beltran.

Pues aun no creo en él.

Don Carlos.

Haces bien, muda de acuerdo,
y no consideres mas
del riesgo en que estoy, y estás,
duerme menos, y mas cuerdo.
Y apercíbete á salir
conmigo, que asegurado
con nuestra muerte fingida
Valerio, sin riesgo salgo.
La llave maestra tengo,
que en el celoso fracaso
de esta tarde, la olvidó

Marcela (¡todo es milagros!)
 Cerró la puerta Teodora,
 con la suya, y olvidando
 la principal, que yo tengo,
 mi salida ocasionaron.
 Agora está todo quieto,
 saldremos, sabré el estado
 de mis cosas de algun deudo,
 y en qué convento se ha entrado
 mi hermana, que lo deseo,
 y sin dar cuenta del caso,
 á Marcela volveremos.

Beltran.

Ahora digo que he soñado
 mas de lo que yo pensé.

Don Carlos.

¿Cómo así?

Beltran.

¿Pues el asalto
 de Argel fué tan peligroso?
 ¿Los chuzos, y los balazos,
 las bombas arrojadizas
 al repetir Santiago,
 tienen que ver con el soplo
 de un corchete zurdo, y zambo?
 ¿La vara de un alguacil?
 ¿La pluma de un escribano?
 ¿El baston de un carcelero?
 ¿De un corregidor el fallo?
 Y en efecto, la cuchilla
 en el brazo de un mulato,
 verdugo por línea recta
 desde Herodes: tú has pensado
 sin duda, que yo aborrezco
 la vida; pues es engaño,

que estoy bien quisto con ella,
 por Dios. ¿Estaba borracho
 Beltran, que habia de salir
 de la quietud al rebato?
 ¿De lo seguro á lo incierto?
 ¿Y de lo libre á lo esclavo?
 La inmunidad de esta sala
 me valga; orza me llamo,
 muñeco soy, y he de ser,
 y he de morir abrazado
 con una muñeca de estas,
 antes que salir un paso
 de la sala donde estoy. (1)

Don Carlos.

Ea, locuras á un cabo,
 y obedece.

Beltran.

¿Qué es locuras?
 No demos que hacer al diablo,
 cuando escusarlo podemos:
 considera.....

Don Carlos.

¿Qué cansado,
 y qué majadero estás!

Beltran.

Pues déjame si te canso;
 yo me hallo muy bien aquí,
 de estas señoras me amparo,
 que no han dichos oste, ni moste,
 de cuanto han visto, y tocado.

Don Carlos.

Necio, luego he de volver.

(1) *Saca el estrazo de las muñecas.*

Beltran.

Si pudieres; yo me agarro
de la varandilla, y pido
como otros iglesia, estrado.

Don Carlos.

No te canses, que hemos de ir.

Beltran.

Señor, que nos despenamos:
estas damas te lo piden
con lágrimas de retazos,
con suspiros de esportillo,
y arañadura de trapo;
no quieras vellas vestidas,
como otra Urraca Fernando,
por tu muerte en vez de galas,
mongil negro, luengo, y basto:
mira que estás en Zamora,
y que el viejo Arias Gonzalo
anda zelando los muros,
y hay Bellidos cadahalsos.

Don Carlos.

Vive el cielo, que si hubiera,
porque lo has dificultado,
un peligro en cada sombra,
y una muerte en cada paso,
que he de salir esta noche.

Beltran.

Ello es predicar en vano:
señoras mías, paciencia,
y récennos un rosario
si oyeren clamoear,
primero que acá volvamos,
las campanas de Zamora
por la muerte de don Carlos.

Don Caslos.

Sígueme, pues, sin ruido. *Vase.*

Beltran.

Luego dirán que es acaso
el soñar, cuando se sueña,
que está en Argel un cristiano.
Dios vaya conmigo, y quede
con bustedes don Guiñapo,
devoto de las muñecas.

¿Esperamos? ¿esperamos? (1)
sí, mis señoras, muy presto:
pues á Dios, sigo á mi amo.

ESCENA II.

Doña Marcela, doña Vitoria y Teodora.

Doña Marcela.

Ya que el secreto has sabido,
y ya que te ha de tocar,
no menos parte en callar,
que de curiosa has tenido,
entra á ver el retraído,
porque tu piedad arguya.
¿No es galan?

Doña Vitoria.

Pregunta tuya:
en algo á Octavio le imita.

Doña Marcela.

Mucho es que amor te permita
ese algo, en cosa tan tuya:
confiésote que es favor
en tí darla algo de Octavio:
pero en él, muy grande agravio,

(1) *Fingiendo la voz.*

y no pequeño en mi amor.

Doña Vitoria.

Volvérme será mejor
desde aquí : entra tú, Marcela,
sus soledades consuela,
que yo espantarle podré,
y por si viene, seré
de mi hermano centinela.

Dóña Marcela.

No haces bien, que no es razon,
que entienda el que asegurado
dejaste, que has olvidado
tu piedad por tu pasion :
cualquiera empezada accion
causa gloria al magisterio,
aspira al cetro, al imperio,
mas si empezada se olvida,
toda la gloria adquirida,
se convierte en vituperio.
Ya en la piedad te empeñaste,
prosigue, Vitoria, pues,
no te arrepientas, ni dés
mal fin á lo que empezaste:
mayor opinion ganaste
en un instante piadoso,
que en un siglo riguroso.
¿Cuanto es accion mas loable,
defender al miserable,
que ayudar al poderoso?

Doña Vitoria.

No me arrepiento, mas firme,
y constante me has de ballar,
que si empecé á perdonar
no fue para arrepentirme:
no es odio, Marcela, elirme,

accion , si , cuerda y prudente ,
 que no quiero estar presente
 de quien ya te he confesado ,
 que me festejó hallado ,
 si me provocaba ausente .
 Carlos viva , y Carlos sea
 dueño de tu voluntad ;
 no querer verle , es piedad
 que tu aficion lisonjea ,
 que no es razon que me vea ,
 triste el alma , mudo el lábio
 sin Carlos , y sin Octavio ,
 tú querida , yo zelosa ,
 yo sin dicha , tú dichosa ,
 tú al favor , y yo al agravio .

ESCENA IV.

Doña Marcela y Teodora.

Doña Marcela.

Notable muger , Teodora.

Teodora.

Tiene de bien entendida ,
 sentir verse aborrecida ,
 y no me espanto , señora .

Doña Marcela.

Yo si , porque es cosa cierta ,
 que nadie disculpará ,
 estando á la puerta ya ,
 volverse desde la puerta .
 Avisa á Carlos , que estoy
 aquí : pero aguarda , aguarda ;
 toda diligencia es tarda ,
 cuando tan sedienta voy
 al remedio de mi sed .

Teodora.

Antes presumo, señora,
que hay mas mal.

Doña Marcela.

Habla, Teodora.

Teodora.

No está el pájaro en la red.

Doña Marcela.

¿Qué dices?

Teodora.

Que ó yo estoy ciega,
ó no está en la sala Carlos.

Doña Marcela.

Mira bien.

Teodora.

No hay que mirar,
desocupado está el campo,
desierta está la campaña,
y en ella solo han quedado
sin tumba estos cuerpos muertos,
y sin muerte este teatro.
Carlos y Beltran se han ido
entre los sueltos caballos,
á escoger uno que sea
por los relinchos lozano,
y por las cernejas fuerte.

Doña Marcela.

¡Ay, Teodora! no me espanto,
que tan envidiadas dichas,
pocas veces se lograron:
la llave que yo le di,
le aseguró franco el paso:
yo tengo, la culpa, yo
le he dado ocasion á Carlos,
para que de mi se ausente,

mi rigor le ha desterrado ,
 lo esquivo de mi desden ,
 lo desdeñoso en mi trato ,
 lo pródigo en sus peligros ,
 la cortedad en mi amparo ,
 todo le obligó , ¡ay de mí !
 ! Que bien dices , que ha quedado
 desierta , no la campaña ,
 mi esperanza , y tan en blanco ,
 que ya lo es de cuantos tiros
 fleche la fortuna al arco !
 Vengan males , vengan penas ,
 tenga consuelo en mi llanto
 Vitoria , Valerio sepa
 mi traición , y sus engaños :
 vénguense todos en mí ,
 que pues el bien me ha saltado ,
 por no saber conocerle ,
 ni le busco , ni le aguardo .
 ¿ Mas como es posible ¡ ay cielos !
 que Carlos haya trocado
 mi piedad tan bien nacida ,
 á un término tan bastardo ?
 ¿ Tan poco vale un peligro ?
 ¿ tan mucho cuesta un agrado ?
 ¿ tan sin valor es un alma ?
 ¿ Tan cortos son mis alhagos ?
 ¿ Tan civiles mis finezas ?
 No le librarán de ingrato
 cuantas disculpas prevenga
 lo discursivo , y lo sabio .
 Permítase á mi razón ,
 que le llame alevé , y falso ,
 que de inconstante le acuse ,
 que le note de liviano ,

pues se negó al beneficio,
 cuando él mas obligado
 se desconoció al favor:
 cuando le mostré mas claro;
 y al fin se mintió cortes,
 y se declaró villano.
 ¡Qué delito para un hombre!
 ¡Qué afrenta para un honrado!
 ¡Qué desayre para un noble!
 ¡y qué dolor para un marmol!
 Mas porque, cielos, le culpo,
 vuelvo á decir que me engaño:
 el amor, no la razon
 fulmine, y escriba el cargo:
 temió á Vitoria, temió
 la indignacion de mi hermano,
 la noticia de Valerio,
 el hacer mayor su agravio:
 yo sola la culpa tengo;
 no es culpado, no es culpado,
 que vale mucho su vida,
 y andaba en precio muy bajo.

Teodora.

Señora....

Doña Marcela.

No me consueles.

Teodora.

Las señas se le olvidaron
 que en las muñecas te dió
 de seguro; no me espanto,
 que fueron señas sin alma.

Doña Marcela.

De todo me ofendo, y canso:
 arroja al fuego esos bultos,
 ya las burlas se acabaron,

que cuando empiezan las veras,
 no dejan lugar ni espacio
 á entretenidas niñeces,
 y ya de celos me abraso,
 de pensar que le asistieron:
 y mas que yo le gozaron.
 Acábense de una vez,
 consuman zelosos rayos
 las Muñecas de Marcela,
 falte todo, pues yo falto.

Teodora.

Señora, no te apasionen.

Doña Marcela

¡Ay Teodora, y cuan en vano
 solicitas mi quietud,
 cuando al fuego me consagro!
 ¿No ves que perdí mi bien?
 ¿no ves que faltó á mis brazos
 una posesion dichosa,
 y una envidia á los extraños?
 ¿y no ves que un bien perdido,
 se llora, y siente doblado,
 porque se gozó de priesa,
 y se conoció despacio?
 Déjame llorar, y deja
 que haciendo alarde, y contando
 los peligros de su vida,
 el poder de sus contrarios,
 el bien que pierdo en perderle,
 el pesar que sin él gano,
 las venganzas de Vitoria,
 las pretensiones de Otavio,
 lo incierto de mis venturas,
 y lo cierto de mis daños,
 pida lágrimas al cielo,

que es corto el mar de mi llanto.

Teodora.

¿Esto es fiar de los hombres?
¿este es su quedo? Mal año
para quien no se la pega
de antubion, con el gatazo
de zaino, con el desprecio
de falso, con pesos falsos.

ESCENA V.

DECORACION DE CALLE.

Don Octavio, de noche.

De tan extraño suceso,
con justa causa admirado,
llego buscando á don Luis
hasta su casa, dudando,
por no causar alboroto
con la novedad del caso,
si llamaré ó no á la puerta.
¡Válgame Dios, que de pasos
dá la ignorancia, sin ver
el peligro en cada paso!
Yo mismo dudando estoy
lo que toqué con las manos.

ESCENA VI.

Don Octavio, don Carlos y Beltran embozados.

Don Carlos.

La oscuridad de la noche
nos ofrece mudo aplauso.
¿Saliste ya?

Beltran.

Si señor.

Don Carlos.

Pues vuelvo á dejar cerrado
el postigo. (1)

Beltran.

Mas valiera
tener cerrados los cascós.

Don Octavio.

La puerta abrieron, y un hombre *ap.*
salió. ¿Sí es don Luis, qué aguardo?
El es sin duda. ¿Es don Luis?

Don Carlos.

Apenas el primer paso *ap.*
doy, cuando encuentro un peligro.

Beltran.

Y está muy bien empleado,
pues que tú á buscarle sales.

Don Carlos.

¿Quién le busca?

Don Octavio.

Don Octavio,
vuestro amigo.

Don Carlos.

¿Ay tal desdicha! *ap.*
¿Qué me estuviese esperando
un rebato de mis zelos!

Beltran.

No tiene culpa el rebato.

Don Carlos.

¿Pues quién la tiene?

Beltran

I.ª P.....

(1) *Hace como que cierra la llave.*

que me parió.

Don Carlos.

¡Caso extraño!

Don Octavio.

A buena ocasion salisteis.

Don Carlos.

Así tenga el sueño el diablo , *ap.*
como la ocasion ha sido.

Don Octavio

Y yo mejor, si en entrambos
juzgais las obligaciones ;
pues á una parte dejando
las que de amigo me corren ,
las de pariente , y hermano ,
me empiezan á ejecutar
aun antes que llegue el plazo.

Don Carlos.

Nunca llegue : plega á Dios *ap.*
falte tu vida al contrato.

Beltran.

¿Cuanto diera vuesarced
por estar ahora hablando
con dos pares de muñecas,
y no con este barbado?

Don Octavio.

Sabed, don Luis, que esta noche,
con secreto me llamaron
del convento, donde está
la hermosa hermana de Carlos.

Don Carlos.

¡Cielos, qué escucho! *ap.*

Beltran.

Ahora empieza ;
déjele vusté ir hablando,
que aun falta mucho.

*

Don Octavio.

Y si bien

yo estaba seguro, y salvo
que vos la amábades, fuí
con gusto por verla.

Beltran.

Andallo.

Don Octavio.

Y por no faltar tambien
al término cortesano,
á la prevencion atento,
sino advertido al recato,
ví que la puerta reglar
se abria, llegué admirado,
previneme cauteloso,
miré atento, y oí cauto.
Una anciana religiosa
se llegó a mí, y reparando
en quien oirla pudiera,
me dijo: señor Octavio,
amigo sois de don Luis,
y aun pienso ya que cuñado;
pues caballero naciste,
y mas por esto obligado
á la piedad, amparad
este secreto, y guardadlo
para decirlo á don Luis;
que aunque en efeto contrario,
por la muerte que sabeis,
de Feliciano, y de Carlos,
no llega el odio á las puertas
del amor, ni en los hidalgos
pechos cupieron venganzas
de inocentes, y culpados,
antes por no errar en ellas

con aquellos, perdonaron
 á estos, siendo en la duda
 libre por el bueno, el malo.
 Decidle que Feliciano,
 por la sangre que su hermano
 derramó suya, le embia
 otra tanta en su retrato,
 que se acuerde de quién es,
 primero que de su agravio,
 y se hallará vencedor,
 si se venga perdonando.
 Fuése con esto, y dejóme
 un infante, bello parto
 de la hermosa Feliciano,
 quedando yo lastimado,
 si bien absorto, y confuso,
 con la novedad del caso.
 Salí de allí diligente,
 partí don Luis á buscaros,
 llegué aquí, escusé el llamar;
 mas permitió el cielo santo
 que saliédeses á tiempo
 que el escándalo escusamos
 de vuestra casa, aquí estoy,
 tarde es ya, las doce han dado;
 mas ved lo que habeis de hacer,
 que espuesto á todo me hallo,
 y ofreciéndome de nuevo
 á serviros, y ayudaros.

Beltran.

Vive Dios que nos han dicho
 sin habello preguntado
 mas que quisimos saber.

Don Carlos.

¿A qué corazon de marmol

llegaron tantas desdichas
que no le hicieron pedazos?

Beltran.

Quien es goloso de nuevas
de nada reciba espanto;
no hay sino andar, que á la vuelta
de esta esquina está esperando
otra gaceta peor.

Don Carlos.

Fortuna, bien te has vengado ; *ap.*
¡hay honra puesta en muger,
como eres vidrio en la mano
de torpe niño, que cae,
ó tropieza á cada paso!
¿Qué haré cielos? Si descubro
quien soy, me pierdo; y si callo,
soy encubridor aleve
de mi ofensa, y de mi agravio;
pero ya el daño está hecho,
y de los dos, menor daño
es encubrirme, y fingir
que soy don Luis, aunque paso
á otro peligro mayor;
pues de nuevo me embarazo,
si vuelvo al lugar que dejo
con la criatura en los brazos.
Si me resuelvo á llevarla
á otra parte, no me escapo
de que Octavio me acompañe,
y sepa quien soy Octavio:
pues si digo que no soy
don Luis, á Marcela infamo,
porque este me vió salir,
y cerrar la puerta.... ¡Oh cuantos
males encadena un mal!

¡ Ah vil hermana en qué paso
mi vida, y mi honor has puesto !

Beltran.

¿ Has menester un letrado
para tomar un consejo ?

Don Octavio.

Don Luis, si enojo os he dado
con esto, no os enojeis,
que para los arduos casos
son los hombres de valor ;
pues cuando en vos pueda tanto
la enemistad y la ofensa,
siendo contrario tan flaco,
no hay que recibir disgusto,
pues no es difícil echallo
á la puerta de una iglesia.

Don Carlos.

Esto es peor. Don Octavio,
yo agradezco la fineza,
pero no tan inhumano
me hizo el cielo, que desprecie
mi sangre ; dadme el muchacho,
y quedad con Dios, que yo
vuelvo á cuidar su regalo.

Don Octavio.

Aquí en un zaguan le tiene,
por mas recato, un criado.

Don Carlos

Vé por él, Beltran.

Beltran.

Yo voy,
refiriendo aquel adagio, (1)

(1) *Entrase Beltran, y vuelve á salir con un bul-
to encubierto.*

quien con muchachos se acuesta.

Don Carlos.

Pues debo á Marcela tanto , *ap.*
pondré á cuenta de mi vida
este pesar , y este agravio.

ESCENA VII.

Don Octavio.

Fuese don Luis , y cerró
la puerta ; se va enojado ,
que parece que me deja
con algun desaire , cuando
le sirvo , y de nuevo ofrezco
mi cuidado á sus cuidados.
Irse , y dejarme en la calle ,
no es término cortesano ;
mas no me espanto , el suceso
le cogió de sobresalto ,
y no le dió mas lugar
á lo cortés , ni á lo urbano.
Ahora llevo á entender
lo causa porque he hallado
siempre á don Luis con tibieza
en los castigos de Carlos ,
siempre la he visto piadoso ,
nunca se mostraba ayrado.
Mas no admiro que haya sido
con amor remiso , y tardo ,
ni admiraré que sea ahora ,
con el parentesco , humano.

ESCENA VIII.

Don Octavio, don Luis, un criado con una hacha encendida delante.

Don Luis.

Ya debe de ser muy tarde;
pero no importa, abre, Fabio,
que hay mucho que prevenir. (1)

Don Octavio.

¿Qué es esto que estoy mirando?
¿No es don Luis? ¡Válgame el cielo!
En un punto me asaltaron
desdichas, temores, yerros,
afrentas, dudas y engaños.
¿Señor don Luis, á estas horas?

Don Luis

¿Quién es?

Don Octavio.

Yo soy.

Don Luis.

¿Don Octavio,
pues qué haces aquí?

Don Octavio.

Serviros.

Don Luis.

Ya entiendo, y es escusado
andar celando mis puertas.

Don Octavio.

Si esto entendeis engañosos,
que las venero, y respeto:
negocio vuestro me ha dado
ocasion de estar aquí.

(1) *Dále una llave.*

Don Luis.

¿Mio?

Don Octavio.

Vuestro, y muy pesado,
Hombre en casa de don Luis,
que sale con llave, cuando *ap.*
él está fuera, ¡ay honor!
poco os estimo si callo.

Don Luis.

¿Qué negocio es ese? hablad;
mirad que estoy esperando,
y tengo prisa.

Don Octavio.

¿De dónde

venís?

Don Luis.

Vengo lastimado
de la muerte de Valerio.

Don Octavio.

¿Murió?

Don Luis.

Penas le mataron,
y un repentino accidente.

Don Octavio.

Háyale Dios perdonado.
¿Teneis en casa algun hoesped?

Don Luis.

¿Hoesped? No.

Don Octavio.

¿Y algun criado
tiene llave de la puerta?

Don Luis.

No hay mas criado que Fabio,
que es el que veis.

Don Octavio.

Mirad bien.

Don Luis.

Ya miro que estais cansado,
y yo muerto, vive Dios;
acabad.

Don Octavio.

Don Luis, despacio;
creed que no sin misterio
tantas preguntas os hago:
¿conoceis á Feliciana?

Don Luis.

Si conozco.

Don Octavio.

¿Habeisla hablado
despues que está en el convento?

Don Luis.

Con menos dicha me hallo.

Don Octavio.

¿Y antes?

Don Luis.

Gocé sus favores.

Don Octavio.

Pues ahora, entrad buscando
un hijo, que en vuestra casa
teneis suyo.

Don Luis.

¿Como, ó cuando?

Don Octavio.

Como, porque yo os le truje,
cuando, ahora que le he dado
á un hombre, que dijo aquí
que érades vos, y embozado
abrió la puerta y se entró,
y volvió á cerrar.

Don Luis.

Sonando

parece que estais.

Don Octavio,

No es sueño ,

señor don Luis ; cuanto os hablo
es infalible verdad.

Don Luis.

Pues amigo , á tiempo estamos
de saberlo todo ; entrad ,
sereis testigo y notario
de mi venganza , si es cierto ,
sino lo es , de vuestro engaño.

Don Octavio.

No lo escuso , por salir
del empeño en que me hallo ,
del cuidado en que os he puesto ,
y de la duda de entrambos.

ESCENA IX.

SALA EN CASA DE DON LUIS.

Doña Marcela , doña Vitoria y Teodora.

Doña Vitoria.

¿ Qué eso pasa ?

Doña Marcela.

Ya estarás

contenta ; fuese en efeto.

Doña Vitoria.

Si quiere bien , y es discreto ,
no importa , tú le trairás ,
y en esto conocerás
su amor fiel , su fe constante ;
que hasta volver , cada instante

siglos dilatados cuenta ;
 el que zeloso se ausenta ,
 y el que se retira amante.
 Si él quiere bien , él será
 quien te vengue , y se castigue :
 deja tu que amor le obligue ,
 que obligado él volverá ,
 no hay enojo en quien está
 prendado , y de veras ama ,
 que no le acabe la llama
 de su pasion amorosa :
 hasta volver no reposa ,
 él se busca , y él se llama.

Doña Marcela.

Vitoria , quien esto alcanza ,
 libre juzga , y habla á tiento ;
 préstame tu sufrimiento ,
 y te daré mi esperanza :
 no pesa en igual balanza
 amor , mi pena , y tu pena ;
 tú juzgas en causa ajena ,
 sin pena , y sin turbacion ,
 y á mí mi propia pasion
 me turba , ciega y condena.
 Dame tú que en la memoria ,
 el corazon que lo siente ,
 se desahogue , y se aliente ,
 que yo venceré , Vitoria :
 mas no alcanzaré esta gloria ,
 si en el dolor palpitante
 muere ausente , y vive amante ;
 que si el sufrir es vivir ,
 mal puede un siglo sufrir
 el que no vive un instante.
 Yo sé quien la causa ha sido.

Doña Vitoria.

Querrás decir que yo soy.

Doña Marcela.

Quien está como yo estoy ,
á todos culpa atrevido :
¿ no has visto en el qué ha perdido
una prenda de valor ,
que el sentimiento y dolor ,
tanto le allige , y estrecha ,
que sobre todos sospecha ,
sin perdonar al mejor ,
y dice , citando se ofrece
la duda en tantos culpados ,
todos son hombres honrados ,
mas mi capa no parece ?
pues lo mismo me acontece ;
perdí á Carlos , en mi pecho
le tuve con lazo estrecho ,
quién le sacó no he sabido ,
soy quién la prenda ha perdido ,
y sobre todos sospecho.

Doña Vitoria.

Pues haces mal en pensar.

Doña Marcela.

Vitoria , no me aconsejes.

Doña Vitoria.

Siento que de mí te quejes.

Doña Marcela.

Pues yo me quiero quejar ;
que nadie me ha de quitar ,
oféndase quien se ofenda ,
que me queje y que pretenda
que por mil diversos modos ,
ó sufran y callen todos ,
ó que parezca la prenda.

Doña Vitoria.

Pues díselo al pregonero ,
quizá habrá quien de ella diga.

Doña Marcela.

Para llamarte enemiga ,
sola esa razon espero.

Doña Vitoria.

¡ O que amor tan hazañero !

Doña Marcela.

¡ O qué hermana tan piadosa !

Doña Vitoria.

Siempre yo fui rigurosa.

Doña Marcela.

Siempre , á lo menos muy dama ,
de un mal , que envidia se llama ,
te he contemplado achacosa ;
y como dices de mí
que es muy grande dameraía
dar un dia , y otro dia
á las muñecas , así
pudieras pensar de tí ,
que en tu envidia declarada ,
achacosa , y opilada ,
no es dameraía menor
tener quebrado el color ,
y la voluntad quebrada.

Teodora.

Hablad mas paso , que viene
don Luis mi señor.

Doña Marcela.

Teodora ,

ese recato hasta ahora
tuvo ser ; ya no le tiene ,
no hay en el mundo quien llene ,
nuestros deseos ; aquel

que ocasiona mas cruel
 peligro, asombro, y cuidado
 nos turba; pero acabado,
 nos hallamos mal sin él.
 Aquel temor que tuvimos
 del peligro, y de la afrenta,
 aquel mira, no se sienta,
 si bajamos, ó subimos,
 ya, Teodora, le perdimos:
 pero estaba tan hallado
 en mi pecho ese cuidado,
 que me ha confesado amor,
 que se hallaba en él mejor,
 porque fue tiempo pasado.

ESCENA X.

Dichas, don Luis, don Octavio y el criado.

Doña Vitoria.

Hermano.

Don Luis.

¿Tan á deshora
 estais en pie? ¿qué es aquesto?

Doña Marcela.

Inquietónos tu tardanza,
 y hasta saber el suceso
 no quisimos acostarnos.

Don Luis.

Ya tiene Dios á Valerio:
 acabáronle sus penas.

Doña Vitoria.

Valgame el Cielo; tan presto!

Don Luis.

Vitoria, para morir
 no es menester mucho tiempo;

despojad estas paredes
del cortesano ornamento,
que quiero sentir su muerte,
pues soy su sangre, y le heredo.
No quede tapiz ninguno.

Doña Marcela.

Mañana podrás hacerlo,
recogete ahora y descansa.

Don Luis.

No lo he de hacer, sino luego:
abrid esa sala.

Doña Marcela.

Aquí

no hay tapiz ni repostero,
que descolgar,

Don Luis.

Quiero verla.

Doña Marcela.

¿Ya no sabes que aquí tengo
mis muñecas? ¿Qué hay que ver?

Don Luis.

¿Si venimos solo á esto
Octavio y yo, qué porfías?

Don Octavio.

La resistencia no apruebo. *ap.*

Doña Marcela.

Válgame Dios, si ha sabido *ap.*
de Carlos! A peor tiempo
pudiera buscarle: ya,
de que no esté aquí, me alegro.

Doña Vitoria.

¿Qué venturosa es Marcela! *ap.*
A buena ocasion se fueron
los dos.

Don Luis.

Abre, ó vive Dios
que eche la puerta en el suelo.

Doña Marcela.

No es menester; dá la llave
Teodora. ¡Gracias al cielo *ap*
que está la sala tan sola
como yo!

ESCENA XI.

*Dichos, don Carlos con la espada desnuda y Beltran
con el niño en los brazos.*

Don Carlos.

Y yo tan resuelto
á morir, como á tomar
venganza.

Doña Marcela.

¡Cielos, qué es esto!

Don Luis.

¡Qué es lo que mis ojos miran!

Don Octavio.

Viendo estoy lo que no creo.

Don Carlos.

Yo soy don Carlos Colona,
y este, don Luis, hijo vuestro,
Feliciano, hermana mía,
vos noble, y yo caballero,
vuestra esposa es Feliciano,
Marcela mi hermoso dueño;
si á ella le debo la vida,
vos el honor que no tengo
me debeis; si vuestro primo
halló la muerte en mi acero,
dió ocasion en sus palabras,
para dejarle sangriento.

Si cuando por los tejados ,
yo y Beltran fuimos huyendo ;
dijo alguno que caímos ,
engañóse , que subiendo
á los brazos de Marcela ,
nos acercamos al cielo.
En vuestra casa he hallado
vida y amparo ; no niego
obligaciones que escribo
en marmol y bronce eterno :
ya sé que sois , por la muerte
de Valerio , único dueño
de su causa , que á vos mismo
lo escuché desde aqui dentro.
Las deudas están partidas ;
agravios de sangre el deudo
los cura ; no hay medicina
mas noble que el parentesco.
De casa salí esta noche ,
pero volví tan presto ,
porque me arrojó la voz
de Octavio , y volví á mi centro.
Dióme engañado esta prenda ;
él podrá deciros luego
lo mismo que á mi me dijo ,
que yo , don Luis , no me atrevo ,
por no renovar pesares ;
solo os digo , y solo os ruego ,
no que perdoneis mi vida ,
que ni la busco , ni quiero :
mas el honor de una hermanana ,
y esta inocencia os presento ,
por satisfacion piadosa
del agravio de Valerio.

*

Don Luis.

Carlos, Marcela, Vitoria,
Octavio, en tales sucesos,
ni á la pasión, ni á la ira,
les deja lugar el cielo.
El su piedad nos enseña,
y él, sin duda, lo ha dispuesto
para mas quietud de todos:
á Feliciano confieso
mi obligacion, y á vos, Carlos
mas lástima, que deseos
de ensangrentadas venganzas.

Don Octavio.

¿Estas las muñecas fueron
de la señora Marcela?

Beltran.

Si señor, y los muñecos
del señor don Luis tambien.

Don Luis.

Carlos, dad la mano luego
á Marcela.

Don Carlos.

Doila el alma.

Doña Marcela.

Yo el alma, y la mano ofrezco.

Don Luis.

Aquesto supuesto, Octavio,
que os hago lisonja pienso
ofreciendoos á Vitoria.

Don Octavio.

Yo lo aceto.

Doña Vitoria

Y yo lo aceto.

Doña Marcela.

Logró amor mis esperanzas.

Doña Vitoria.

Cumplió el cielo mis deseos.

Don Luis,

Mañana, despues de hacer
el entierro de Valerio,
para casarme, saldrá
Feliciano del convento.

Beltran.

Teodora, todos se casan;
ya me entiendes.

Teodora.

Ya te entiendo;

tuya soy.

Don Carlos.

Pues tengan fin,
despues de los casamientos,
las Muñecas de Marcela,
en el perdon de sus yerros.

Las Muñecas de Marcela.

Es pensamiento nuevo y feliz, y está bien desempeñado. Se conoce que el autor meditaba sus planes. El de esta comedia es sencillo y regular, y está combinado con arte. Los caracteres son variados é interesantes, aunque algo débiles de colorido. El de Marcela sobresale entre los demas; pero no está mas que bosquejado. Se necesitaban rasgos mas vivos para retratar á una niña que deja de repente de serlo, y á quien halla la primera pasion jugando con sus muñecas. Era preciso que empezará por jugar tambien con el amor hasta que esta poderosa deidad la subyugase enteramente. Cualquiera de nuestros célebres dramáticos hubiera vencido la dificultad, y hubiera sacado mas partido del asunto. Sin embargo no debemos ser ingratos á Cubillo; pues al fin inventó lo que los otros no inventaron, y nos dejó un buen bosquejo. Al pronto no se concibe, porque hizo á Vitoria menor que Marcela, y aun parece que deberia ser al contrario; pero luego se vé, que no quiso dar á la primera demasiado predominio sobre la segunda, reuniendo en esta la autoridad de hermana mayor á la energía de los sentimientos.

La escena conque principia la comedia es inutil, ó tiene poca estension; sin duda se compuso para el aparato; pero en el estado en que está se desprende de la obra. El modo de deshacerse de Valerio es demasiado cómodo: el buen señor se muere de años y de pesadumbres. Fuera de estos pequeños lunares la fábula camina bien. Hay situaciones de mucho interés y artificio: tales son las que resultan de la primera salida de Carlos; de la equivocacion de Octavio cuan-

do le entrega el niño; del descubrimiento que hace Vitoria de los versos de aquel, y del secreto de Marcela; y de la desesperacion de esta al creerse abandonada. Tambien tienen mérito, aunque de otra especie, la conversacion del criado con las muñecas, y la presentacion del estrado; pero lo de la orza de miel es frio. En general hay poca fuerza cómica, sobre todo en el diálogo.

La versificacion es fácil y natural, y sin resabios de culteranismo; pero peca alguna vez de conceptuosa. El estilo es hurbano, las ideas son generalmente sencillas, los sentimientos nobles y puros. En toda la composicion resplandece el juicio, el ingenio y la decencia; y su autor tiene la prenda principal de todas, que es la de hacerse amar.

Recordamos al lector, que en nuestros juicios nos desentendemos á veces de las reglas clásicas, sobre todo de las famosas unidades, desechadas hoy día por la mayor parte de las naciones de Europa; y cuyos fundamentos examinaremos en el discurso preliminar, despues de haber oido, como es justo, á las dos partes: es decir, á sus defensores y á sus contrarios. Entre tanto deseamos juzgar de las obras como lo haría un hombre imparcial y de buen talento; pero que nunca hubiese leído un tratado de poética.



bate l' Ep
celina.
dolfo y Cl
gamenon
li-Bek
mantes ge
mor y la
varo (el).
ella labra
alifa de B
ecilia y D
chismo (C
Clementina
Conde de C

Amor por
Andaluza e
Atahualpa
Blanca y M
Bosque pel
Bruto ó Ro
Cabeza de l
Cadmia y S
Calavera (C
caliche.
amilia (tr
asamiento
astillos en
itas (las).
itas debaj
ocinero (C
ondesa de
onjuracio
ontrato a
oquetismo
ostumbre
uantas ve
eber y la
D. Pedro c
D. Sancho

COMEDIAS REPRESENTADAS EN TIEMPO DE LA RITA LUNA Y DE MAIQUEZ EN TAMAÑO de 8.º

bate l' Epee.
 celina.
 olso y Clara ó los dos presos.
 gamienon (tragedia).
 li-Bek
 amantes generosos.
 mor y la intriga.
 varo (el).
 ella labradora.
 alifa de Bagdad (ópera).
 Cecilia y Dorsan.
 Chismoso (el).
 Clementina y Desormes.
 Conde de Olbach.

Duque de Viseo.
 Fulgencia ó los maniáticos.
 Gombela y Suni-Ada.
 Muger celosa.
 Opressor de su familia.
 Pablo y Virginia.
 Padre de familia.
 Presos, ó el parecido (ópera).
 Prueba caprichosa.
 Reconciliacion ó los dos hermanos.
 Solteron y su criada.
 Virtud en la indignencia.
 Un loco hace ciento.

SIGUEN LAS COMEDIAS EN 8.º

Amor por el tejado ó la Marcela.
 Andaluza en el laberinto.
 Atahualpa (tragedia)
 Blanca y Montcasin (tragedia),
 Bosque peligroso.
 Bruto ó Roma libre (tragedia).
 Cabeza de bronce.
 Cadma y Signoris.
 Calavera (el).
 Caliche.
 Camila (tragedia).
 Casamiento por fuerza.
 Castillos en el aire.
 Cintas (las).
 Cintas debajo del olmo.
 Cocinero (el) y el secretario.
 Condesa de Castilla.
 Conjuracion de Venecia.
 Contrato anulado.
 Coquetismo y presuncion.
 Costumbre de Antaño.
 Cuantas veo tantas quiero.
 Deber y la naturaleza.
 D. Pedro de Portugal (tragedia).
 D. Sancho García de Castilla.

Doña María Pacheco.
 Dorotea (la).
 Dos épocas.
 Dos preceptores.
 Dos sargentos franceses.
 D. Dieguito.
 Edipo (tragedia.)
 Eduardo y Federica,
 Efectos de un mal ejemplo.
 Elvira portuguesa.
 Enamoradizo (el).
 Escuela de los jueces.
 Español y la francesa.
 Escuela de la Amistad.
 Guzman (tragedia).
 Hipócrita.
 Hipócrita pancista.
 Hombre de la Selva negra.
 Huérfana de Bruselas.
 Huerfanita.
 Imperio de las costumbres.
 Indulgencia para todos.
 Ir contra el viento.
 Joven de sesenta años.
 Jugador.

Lo que son mugeres.
Lo que puede un empleo.
Lugareña orgullósa.
Marica la del puchero.
Marido de dos mugeres.
Mentira contra mentira.
Mi retrato y el de mi compadre.
Misantropía y arrepentimiento.
Morayma (tragedia).
Muerte de Abel (tragedia)
Muger por fuerza.
Muger varonil.
Novia tapada.
Numa (tragedia)
Numancia destruida (tragedia)
Opera cómica.
Oscar, hijo de Osiám (tragedia).
Pancho y Mendrugo.

MUSEO DRAMATICO.

Actriz, militar y beata.
Amante misterioso.
Arturo ó los remordimientos.
Al pie de la letra.
Caer en el garlito.
Caer en sus propias redes.
Celos.
Ciego.
Cuentas del zapatero.
Cartas del Conde-Duque.
De una afrenta dos venganzas.
Dos muertos y ningun difunto.
Duque de Altamura.
En paz y jugando.
Es un niño.
Enrique de Trastamara.
Espectro de Hiver-sein.
Favorita (la)
Gaceta de los Tribunales.
Galan invisible.
Halifax ó pícaro y honrado.
Hija de Cromwel.
Hijo de Cromwel.
Hijo del emigrado.

Pelayo (tragedia).
Polixena.
Rábula (tragedia)
Raquel (tragedia).
Rey Eduardo.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sofonisba (tragedia).
Tal para cual.
Tonta (la) ó ridículo novio.
Treinta años, ó vida del jugador.
Vergonzoso en Palacio.
Viajante desconocido.
Vieja y los calaveras, ó la posada.
Virginia.
Viuda de Padilla.
Una noche de novios.
Una travesura (ópera).
Zenobia y Radamisto.

Idiota.
Ingeniero ó la deuda del honor.
Madre y el niño siguen bien.
Marido desleal.
Novicio.
Opera y el Sermon.
Otra noche toledana.
Penitencia en el pecado.
Por no escribirle las señas.
Posada de la Madona.
Quien será su padre.
Ricardo el negociante.
Robo de Elena.
Secreto de una madre.
Tio Pablo ó la Educacion.
Trapisondas por bondad.
Tercera dama duende.
Un amante aborrecido.
Ultimo de la raza.
Un mal padre.
Un casamiento provisional.
Un quinto y un párvalo.
Un rival.
Un soldado de Napoleon.